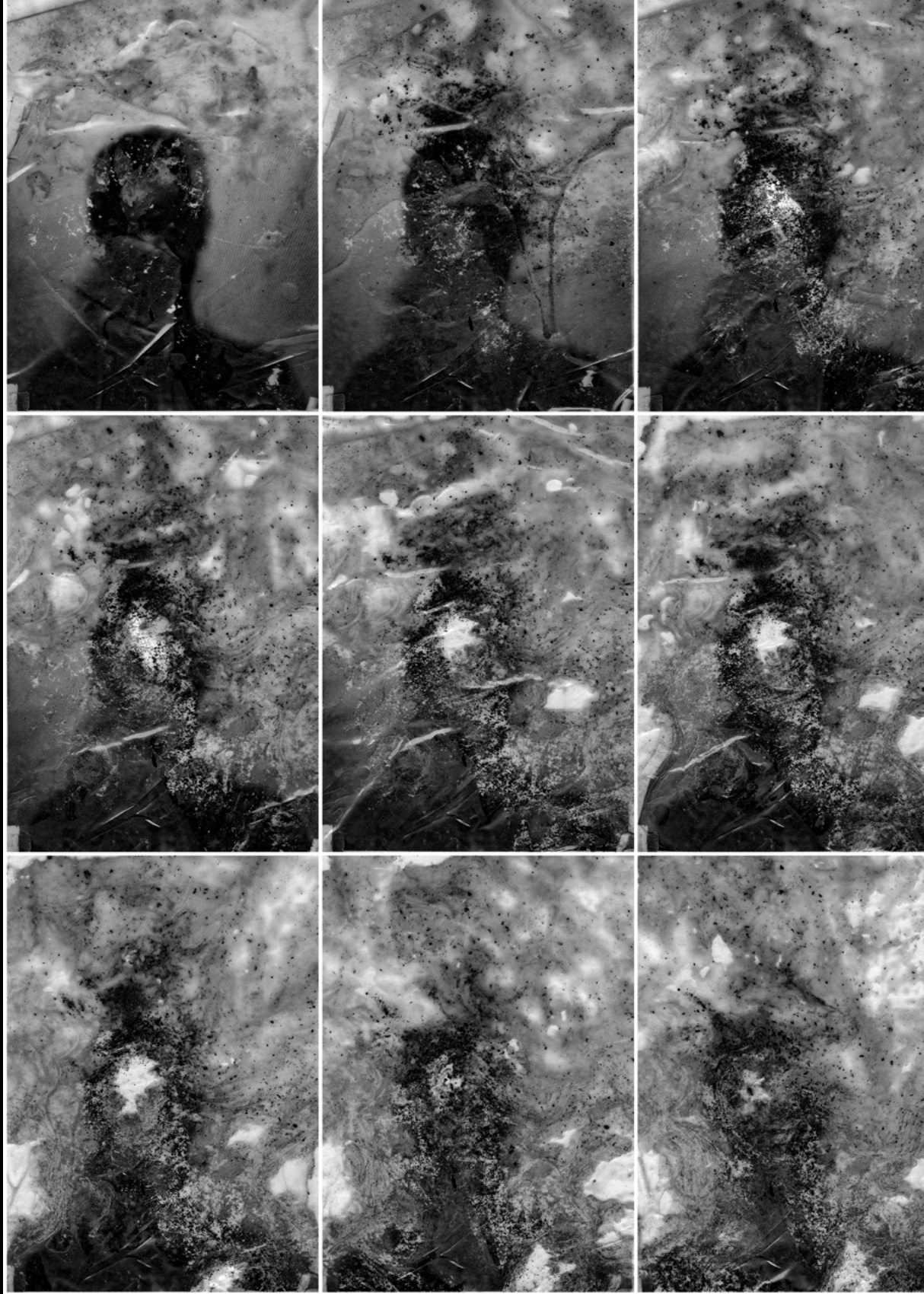


47

» Artista visual invitado: Alfonso Carrera



grifo

ALGO NOS ESPERA

DIRECTORES

Sebastián Duarte Rojas
y Celinda Tapia Solar

AYUDANTE

Millarai Sazo Salazar

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO EDITORIAL

Perla Arrué Cornejo y Sara Silva Garrido

ARTISTA VISUAL INVITADO

Alfonso Carrera

IMAGEN DE PORTADA

“Correspondencias entre el cultivo de hongos sobre material fotográfico y la manifestación progresiva de la enfermedad mental” (2019).
Parte del proyecto *Mateo* 5:30.

COLABORADORES

Javiera Descouvieres, Gabriela Macaya,
Ricardo Martínez-Gamboa y Sofia Troncoso

COMITÉ DE EDICIÓN

Antonia A. Vega, Nishely Gutiérrez Vásquez,
Josué Navarrete, José Pedro Schnake y
Andrea Vivanco Rodríguez

COMITÉ DE PERIODISMO LITERARIO

Sofía Cifuentes, Saturna Merino Cavaletto,
May Mimarín, Lucas S. Rebolledo y
El pájaro verde

COMITÉ MULTIMEDIA

Camila Benítez, María Casanova,
Jonathan Jeremías, Tomás Reyes y
María Venegas

COMITÉ DE PRODUCCIÓN

Renato Camaggi, Paz Pincheira,
Matilde Rodríguez, Camilla Tedesco y
Antonia Vallecillo

PÓDCAST LA GOTERA

Gabriela Brito, Lina Mella,
Teresa Montenegro, Andrea Moreno,
Emmy Núñez y Luna Parra

Sigue nuestras redes
sociales y revisa
nuestro contenido
↓

INSTAGRAM
@revista_grifo

FACEBOOK
@revistagrifo.lit

X (TWITTER)
@GrifoRevista

TIKTOK
@revista_grifo

YOUTUBE
Revista Grifo

grifo

ISSN: 0718-4786
Esta publicación es producto del trabajo
realizado en el curso **Taller de Revistas**

Escuela de Literatura Creativa,
Facultad de Comunicación y Letras,
Universidad Diego Portales

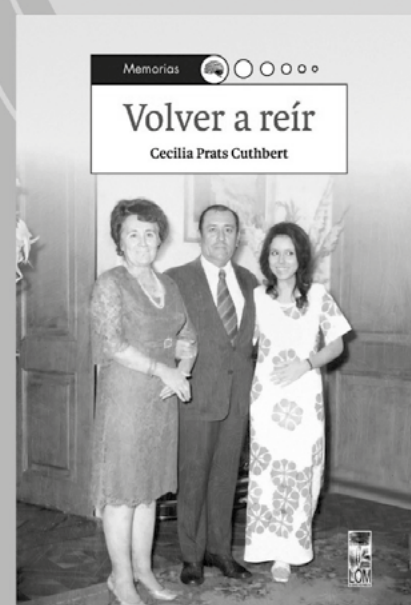
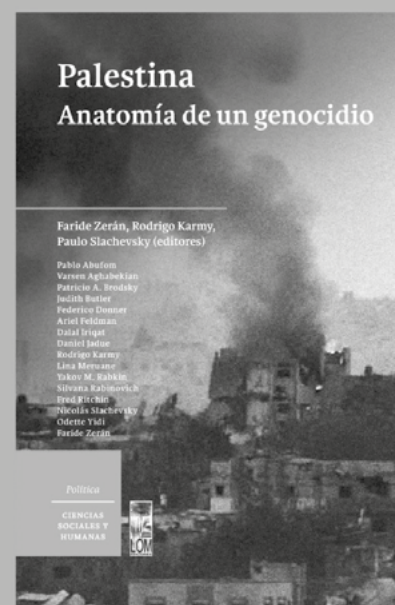
↑
www.revistagrifo.udp.cl


ÍNDICE

P. 5	Algo nos espera
P. 6	Artefacto por Andrea Vivanco
P. 8	Siempre hay una falla en el sistema por Celinda Tapia Solar
P. 10	3:00 por Pedro Díaz
P. 12	Pablo Alborán y el horror del mundo poshumano por Ricardo Martínez-Gamboa
P. 14	Entrelazadas por Emmy Núñez
P. 16	Destrozado y reensamblado por Javiera Descouvieres
P. 18	Algo nos espera por Andrea Moreno
P. 20	Pedidos individuales para mujeres solas por Millarai Sazo Salazar
P. 23	Sobre el artista visual invitado: Alfonso Carrera
P. 24	Algo sobre la luz blanca por Sofía Troncoso
P. 25	Quema carne por May Mimarín
P. 26	El libro de Ernesto por El pájaro verde
P. 29	Volver a ser por Moon Venli
P. 30	Lejos del hogar por Andrea Moreno
P. 32	De todo un poco por Gabriela Macaya
P. 37	Crítica de libros
P. 38	<i>Un lugar soleado para gente sombría</i> , de Mariana Enriquez por Sofía Cifuentes
P. 39	<i>Carmen</i> , de Romina Pistolas por May Mimarín
P. 40	<i>Bitácora del desamparo</i> , de Cristina Larraín Heiremans por Millarai Sazo Salazar
P. 41	<i>Restitución de la lengua</i> , de Miguel Hernández Zambrano por Lucas S. Rebolledo
P. 42	<i>El tiempo es la madre</i> , de Ocean Vuong por Saturna Merino Cavaletto



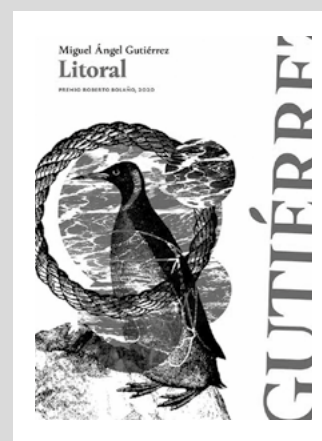
Disponibles en www.lom.cl y en todas las librerías del país



 @lom_ediciones



VISÍTANOS EN INSTAGRAM
@ALQUIMIAEDICIONES



ALGO NOS ESPERA

151

El miedo nos acecha, se cuela en nosotros y forma parte esencial de la identidad humana. Es una conducta natural y siempre ha estado presente; lo que ha cambiado es a qué le tememos, se ha diversificado y, en nuestros tiempos, no tiene una forma definida, porque se ajusta a patrones que están más allá de nuestra comprensión, pero que, al mismo tiempo, esta misma raza se ha encargado de construir y desarrollar.

El número 47 de revista *Grifo* se propone explorar, desde la literatura, distintas aristas de los terrores que hoy nos acechan y nos persiguen camino a un futuro sobre el que no tenemos certezas, pero que presentimos. ¿Qué nos espera? Quizás algo caótico, un aire que probablemente no podremos respirar, una memoria que no nos pertenecerá, o incluso sequía, hambre y dolor. ¿Qué nos espera? Quizás algo no muy diferente a la vida que hoy estamos llevando, pero por eso nos aterra, porque en nuestro tiempo abundan las señas de un colapso inminente.

#47

Artefacto

por Andrea Vivanco

“Quiero ese... sí, ese, el de arriba a la derecha”, dijo dubitativo. El vendedor lo miró con cara de nada, le bajó la prótesis 525-2302 y recibió el pago chip. Se dispuso a salir de la tienda con ansiedad, desesperado por abrirlo, como un niño que recibe un juguete nuevo.

Hacía frío afuera, así que cuando Hilario se vio expuesto al aire invernal, sintió un escalofrío. Emprendió, a paso rápido, el camino a su torre. Estaba ensimismado, aún no entendía bien por qué habían decidido invertir en otro artefacto.

Pasó por el área de seguridad y se percató de que habían cambiado al androide guardia del año anterior por uno de tecnología más avanzada. Sintió algo de nostalgia, totalmente injustificada, pensó, porque el anterior era lo mismo en esencia. Una máquina: hojalata con cerebro positrónico, creada en un laboratorio de robótica, en masa. Seguramente ya estaba en la zona de reciclaje. Sin embargo, el androide anterior era el que estaba cuando habían llegado a ese departamento con Ariatny, hace siete años. Su retina robótica guardaba todas las primeras veces con ella: la llegada de los primeros sillones que amoblaron el salón, las primeras visitas al hogar, sus primeras peleas entrando al pórtico del edificio y tantos otros episodios de rutina que ahora le parecían los mejores momentos de sus vidas.

Tomó la cápsula elevadora y esperó hasta llegar al piso 72. Lo recibió Ariatny, de forma distante pero demostraba ansiedad, algo inusual en ella.

—Ábrelo, ¡rápido! Te he esperado desde las seis —dijo irritada.

—Sí, es que me quedé esperando un holograma que jamás llegó y...

—Ay, da igual —lo interrumpió—. Escuchemos el instructivo y usémoslo ahora.

Desenfundaron un pequeño aparato que emitía una voz en *off*, donde se advertían los pro y contra del uso de la prótesis. Lo importante era usarla solo con el consentimiento de las partes involucradas. Mencionaba todos los niveles de vibraciones y movimientos, además de traer una batería recargable con su propio panel solar. El artefacto era de un color azul oscuro que al contacto con la piel de la persona que lo utiliza, toma su tonalidad dérmica y su textura. Como puede usarse en cualquier parte del cuerpo, es maleable y se adapta a los requerimientos del usuario.

Se dispusieron a probarlo. Primero se la enfundó Ariatny, en su brazo derecho. Hilario se tendió en la cama para entregarse a la satisfacción inmediata. Al principio, fue parecido a todos los artefactos sexuales ya probados con anterioridad, pero luego de unos segundos la intensidad del placer fue incomparable para cualquiera de ellos.

Vino el turno de Hilario, quien quiso usarlo en su pantorrilla izquierda. Ariatny lo montó, como de costumbre, esperando que ocurriera el milagro. Pasaron varios minutos y por fin logró llegar al cenit del placer.

—¿En qué velocidad está, Hila?

—7.8, parece que podemos elegir más modalidades.

—No, no, allí está perfecto, déjalo como está.

—Me incomoda un poco la tibia... supongo que es porque es la primera vez.

—Sí, sí, shhh, hablemos luego.

Los dos eyacularon al unísono. Para ser la prueba inicial, se sintió bien. Decidieron seguir explorando otros lugares del cuerpo donde posar la prótesis. La 525 era la versión anterior al más moderno de los artefactos contrasexuales. El comercial prometía que el aparato ayudaría a dejar atrás los discursos falocéntricos y hegemónicos de la genitalidad, en los cuales la penetración solo ocurría unidireccionalmente (del sexo masculino al femenino, en parejas heterosexuales). Ahora era posible utilizar cualquier parte del biotipo humano y encontrar connotación sexual en él. En letras resaltadas promocionaban la fricción de los cuerpos como alternativa a los métodos invasivos del pasado. Ya nadie haría el papel de colonizador ni conquistado. Tan solo serían dos amantes o, como diría Ariatny, participantes del acto sexual; eso de amantes ya no va.

Una vez que Hilario salió del frenesí, buscó la mirada de Ariatny. Ella le había dado la espalda sin decir ninguna palabra, y es que no tenía nada que comentarle a un conocido con el que solo compartía buenos recuerdos. De pronto, Hilario sintió que respiraba aire helado, el mismo que lo azotó cuando llevaba el artefacto bajo el brazo, solo que el departamento estaba con cierre hermético y era imposible que hiciera frío dentro.



↑

Parte del proyecto *Metafotografía e Infradiscurso* (2018-2023), fotografía análoga.

Siempre hay una falla en el sistema

por Celinda Tapia Solar

Todo es verdad. Todo es real.
Nada aquí es falso.
Nada de lo que ves en este programa es falso.
Simplemente está controlado.

The Truman Show

El ser humano necesita de un sistema. Aun ante una crisis, incluso frente a un nuevo mundo, necesita de ese orden como un principio divino que lo ayuda a sobrevivir. Bajo esa premisa parece trabajar cierta nueva literatura chilena, la que se basa en crisis contemporáneas, crisis que hasta hace unos años solo eran imaginables como parte de películas o libros de ciencia ficción que hablaban del año tres mil. El problema es que ya no hace falta ir tan lejos: esa fantasía futurista se acerca cada vez más a la realidad y la literatura se nutre de guerras, conflictos y problemas ambientales que ya son parte de nuestro mundo.

Eso es lo que podemos ver en *Safari* (Montacerdos, 2021), de Pablo Toro. La novela se divide en tres partes que parecen muy distintas en un principio, pero que están interrelacionadas: la primera, “La noche del camello”, se centra en dos amigos chilenos que son parte de una empresa mercenaria privada durante la guerra de Irak, a quienes les proponen la misión de capturar un camello; la segunda, “Las elecciones”, sigue a dos compañeros de curso de un colegio británico que se involucran en una contienda política durante el año en el que muere Pinochet, y la tercera, que se titula como el libro, teje un mundo futurista donde una corporación produce un safari humano, en el que se enfrentan injustamente, como en un coliseo televisado, los ricos que pagan por matar legalmente y los prisioneros que, si logran sobrevivir, pueden recuperar su libertad.

A la manera de alguna literatura distópica popular, como *Los juegos del hambre*, Pablo Toro elabora un ambiente en el que lo que hoy consideramos política y moralmente incorrecto es permitido, celebrado y televisado. Sin embargo, a pesar de que se muestra una decadencia en la humanidad y también en el sistema, existe cierta esperanza de cambio, se busca lo tradicional y eso se percibe como una revolución dentro de este mundo.

En la tercera parte de *Safari* la violencia está naturalizada, se deja fluir y es protagonista. Sin embargo, algo que no se ha perdido es el espíritu de crítica: siempre hay alguien en este

tipo de historias que da cuenta de que el orden establecido no es el correcto. La protagonista de esta sección ayuda a Villanueva —personaje al que vemos durante toda la novela— a participar en el safari humano con una posibilidad real de obtener su libertad.

No se explica mucho cómo llegó a instalarse el sistema de la tercera parte de *Safari*, pero se dan ciertas luces del estado en que se encontraba el mundo antes de este nuevo orden: “Lo cierto es que estamos mejor que antes... Ahora tenemos agua™, se acabaron los disturbios, hay emprendimientos como el Parque, comunidades reales y virtuales en torno a los Safari”. También se da a entender que hay un otro lugar, al otro lado de la muralla, pero ni los personajes ni el lector conocen realmente cómo es. Es este nulo conocimiento acerca de lo que hay más allá de la Muralla lo que lleva a la protagonista a sentir curiosidad por ella, por el sistema que rige “ese otro lado” y por las posibilidades que le podría ofrecer si logra huir del sistema en el que está inserta.

Pero ¿por qué desea ese nuevo orden sin siquiera conocerlo? *Safari* pareciera indicarnos, a partir de sus tres partes, que siempre hay una falla en el sistema, siempre hay errores en lo político, social y familiar; muestra la corrupción sin límites y el uso de los instintos de manera animal, da a entender por qué los personajes quieren huir y encontrar un nuevo mundo para restablecerse. Pero a veces no es necesario crear un nuevo mundo en otro lugar, a veces solo basta la costumbre y lo seguro para querer restablecer una realidad que se está cayendo a pedazos.

Un mundo que se está desmoronando poco a poco es lo que construye Malu Furche R. en *Islas de calor* (La Pollera, 2022), conjunto de cuentos que tiene como centro la crisis climática. En este libro, el aumento de la temperatura no se detiene y obliga a los protagonistas a optar por otro tipo de vida, uno radical. El primer cuento —en el que me voy a centrar— “Vivir así”, tiene como protagonistas a Mónica y Pastora, dos mujeres que han vivido gran parte de sus vidas como ama y sirvienta, respectivamente.

La crisis climática las ha tenido en casa, Mónica está enferma y Pastora cuida de ella, y de los nietos de Mónica, que poco a poco, se comienzan a quedar más tiempo con las mujeres. Sin embargo, se han logrado adaptar al nuevo modo de vida: dormir de día y realizar quehaceres y rutinas de noche, porque es el único momento en que el calor cede un poco y llega a ser soportable. Este cuento divulga secretos familiares y se concentra en la particularidad de un hogar que funciona como un sistema completo, regido por normas tácitas —secretos— y quehaceres básicos —sobrevivir—.

El clima pasa a segundo plano cuando el relato se enfoca en la vida dentro de la casa. Pastora sigue cuidando a Mónica y a sus nietos, establece horarios y actividades para que los niños no pierdan los hábitos ni las buenas costumbres, les hace clases durante la noche y en el día duermen para después refrescarse. Los nietos se van con sus madres y a la casa llegan personas que afuera no soportan las temperaturas radicales. Son guiadas por Pastora, quien, ante la necesidad de ser buena con el prójimo, acoge a desconocidos. Es entonces cuando la historia comienza a tomar forma.

Estos allegados se vuelven parte de la casa, comprenden las funciones básicas y ayudan en lo que pueden; todos parecieran complementar las habilidades que se necesitan para sobrevivir en este casi fin del mundo. Pero este orden se altera cuando las hijas de Mónica llaman para avisar que llevarán nuevamente a los nietos y Pastora, en consecuencia, necesita desalojar urgentemente la casa. Sin embargo, los allegados no se quieren ir.

A la manera de “Casa tomada” de Cortázar, el mundo privado se ve invadido por los allegados y, potencialmente, por la muerte, cuyo ingreso a la casa es inminente. En *Islas de calor* hay un mundo afuera que está colapsando y es adentro donde surgen las nuevas formas de sobrevivir. “¿Quieren la continuidad de la vida o la inevitabilidad de la muerte?”, se preguntan en *Safari* en torno a qué es lo que pasa del otro lado de esa tan difusa Muralla. Lo mismo ocurre en “Vivir así”, la muerte está presente con o sin cambio climático, pero ¿qué medidas toman las personas para enfrentarla?

En *Cuchillos* (Laurel, 2023), la primera novela del dramaturgo Andrés Kalawski, se entreteje otro tipo de solución. Aquí se presenta una especie de mito adánico y la expulsión de ese paraíso que es Santiago en otro tiempo, un tiempo más futuro, después de los cambios climáticos, después de pruebas y errores de otros sistemas, porque esta no es la típica novela que presenta un futuro avanzado o tecnológico, más bien, el futuro se construye en base a un terreno llano que parece previo a lo que se entiende como tecnología.

El mundo no es descrito, solo se entiende a partir de pequeñas pistas que entrega el narrador, por lo que se saben y entienden muy pocas cosas: los guardias son la policía, los soñadores/durmientes, una especie de oráculos que hablan mientras duermen y sus palabras —que son capturadas por los escritores— ayudan a que esta comunidad invente nuevas cosas y sobreviva. Pero lo que realmente importa en *Cuchillos* es la alimentación: “La comida es una buena solución para transformar los sueños. Comida nueva, platos nuevos que producen sueños nuevos, visiones y conocimiento nuevo a los durmientes. Compartir la misma comida vincula a durmientes y escritores y eso facilita las traducciones”.

Los protagonistas de *Cuchillos* huyen hacia “el otro lado”, es su detrás de la Muralla, un nuevo mundo en que al parecer no hay gente y, por lo tanto, debe regir un sistema que no responde al que conocen: “Nadie cruza. Se supone que no hay gente. Pueden estar tranquilos”. Hay dos alternativas, cambio o aceptación, y estos personajes, a diferencia de los de *Safari* y de Pastora en “Vivir así”, aceptan y parecen entender el sistema que dejaron atrás, es por eso que quieren volver. Esa especie de expulsión que vivieron los hizo presenciar el mundo que está fuera del Edén, los hizo darse cuenta de que, quizás, abandonaron un lugar que, pese a sus problemas, tiene algo de paraíso, aunque sea por el hecho de haber llevado ya una vida dentro de él, de que haya sido su hogar. ¿Será lo mismo que encontrarían los personajes de *Safari* si atravesaran la Muralla que se posa como una incógnita?

¿Es este el tipo de futuro al que nos enfrentamos? ¿Juegos de muerte, un infierno en la tierra y un terreno llano donde todo se basa en la comida? ¿Sistemas terribles que solo dejan ver salidas que no ofrecen ninguna seguridad? Simplemente son conjeturas; la literatura una vez más nos aproxima a futuros inciertos y a realidades alternas de las que quizá nunca seremos parte. Aunque, ¿no lo somos ya? La violencia sí está siendo televisada, el clima cada vez es menos predecible y hay gente que está muriendo y matando por hambre. Estos libros no nos dan respuestas, pero nos ayudan a mirar de otra manera un hoy y un posible mañana que no son demasiado esperanzadores.

¿Es este el tipo de futuro al que nos enfrentamos?
¿Juegos de muerte, un infierno en la tierra y un terreno llano donde todo se basa en la comida?

por Pedro Díaz

Después de las despedidas, los ruidos de la fiesta se fueron apagando a medida que se alejaba de la casa. Las risas, resonando aún en sus oídos, lo acompañan mientras se tambalea ligeramente por la calle, en pos del paradero más cercano. El pequeño zumbido de la borrachera se siente agradable, y aún sonríe pensando en el buen rato que deja atrás. Mientras elige la música ideal para que vaya junto a él, se fija en la hora: 1:55 de la mañana. Buena hora para comenzar su trayecto.

En esta calle, en este barrio, ve varias luces prendidas todavía en las casas, y reconoce los mismos ruidos que acaba de dejar atrás. Le gustan estos barrios residenciales, porque lo hacen pensar en cuando era pequeño, y el paseo por la vereda bien iluminada se le hace grato. Cuando el pasaje desemboca en una avenida, se dirige al paradero, donde ve a otras dos personas, jóvenes como él, que también esperan la micro, y enciende un cigarrillo para que se una a su pequeño grupo: él, la música y, ahora, un cigarro.

Al primer cigarro le han seguido un segundo, un tercero y ahora un cuarto. Después del segundo, una de las personas se marchó caminando, y mientras prendía el cuarto, vio a la otra subirse en un auto que pasó a buscarla. Mira la avenida y le preocupa ver que no hay señal de su transporte. Vuelve a fijarse en la hora y le sorprende que ya sean las 2:24 de la mañana. Esperaba estar llegando a esta hora y siente una profunda frustración irracional contra el universo, como si algo o alguien pudieran darle una respuesta que, sabe, no llegará. Como por arte de magia, su corcel de acero y seis ruedas aparece a la distancia y lo recibe. Apaga apresurado su último cigarro, que no alcanzó a terminar, y sube, feliz de finalmente haber iniciado su camino.

En la micro hay gente y eso le tranquiliza. Se sienta al medio por costumbre, del lado del pasillo y con una pierna hacia afuera, aunque sabe que aquí no pasará nada. Se ríe para adentro observando a la gente, y mientras los pensamientos de la fiesta van quedando más lejos, los del hogar se acercan. El bamboleo constante y el alcohol hacen su parte, y el sueño se apodera de

sus ojos, que se cierran de a poco. Pero la práctica le ha preparado, así que dos paradas antes de la suya despierta y camina lentamente hacia la puerta. Aún algo dormido logra bajarse donde corresponde y busca nuevamente la compañía del tabaco, aunque esta vez no la encuentra. Decide continuar solo y se desprende también de la música: aprendió hace tiempo que el alcohol y los audífonos no hacen buena combinación cuando se quiere estar alerta. Antes de guardar otra vez el teléfono mira la hora: 2:55 de la mañana.

Es una noche de verano, igual que esa noche y aunque no tiene calor, el sudor le cubre la frente. No ha caminado mucho, pero respira agitado, como si hubiera estado corriendo. Intenta calmarse, ya que cree que está metiendo demasiado ruido y se siente incómodo de interrumpir al silencio, y eso no le gusta. Además, necesita escuchar: desconfía de las calles vacías y mal iluminadas, pero todavía le quedan varias cuadras para llegar. Sabe que no es la misma calle, pero a esa hora, en ese lugar, bien podría serlo. Está asustado, pero no quiere estarlo, así que intenta calmarse metiendo la mano al bolsillo para sujetar firme el cuchillo que tanto le dijeron que no se comprara. Es una compañía más siniestra que al inicio de su viaje, pero la siente necesaria. Sigue haciendo demasiado ruido y no escucha nada, así que mira para atrás, a los lados. Cada árbol, cada basurero, cada sombra parece una trampa mortal y se le encoge el corazón cuando pasa por cada una de ellas. Siente como si estuviera escapando, y sabe de qué, aunque no lo vea.

De pronto, siente a sus espaldas el ruido que estaba esperando: pasos apresurados y peligrosamente cerca. El cuerpo entero se le sacude y en segundos su corazón se encoge, tratando de escapar de nuevo del fierro maldito. Un grito ahogado de angustia que desearía nunca haber lanzado se le escapa, y se da vuelta con el cuchillo en la mano, temblorosa. Se enfrenta a nadie. No hay nada en la calle, que no es la misma calle, en esta noche que no es la misma noche. Pero nuevamente, se derrumba en la vereda, esta vez sin heridas en el cuerpo. Y nuevamente llora, solo en la calle, a las tres de la mañana.



↑
Parte del proyecto *Metafotografía e Infradiscurso* (2018-2023), fotografía análoga.

Pablo Alborán y el horror del mundo poshumano

Cuando Pablo Alborán terminó su *show* el día miércoles a eso de la medianoche en el Festival de Viña, con sus dos Gaviotas (de Plata y Oro) sobre el piano y ante una audiencia fundamentalmente femenina rendida a sus pies en la Quinta, me tocó comentar en la transmisión del evento viñamarino por ADN y Pudahuel que el *show* había sido atildado. El vestuario, la puesta en escena, la interpretación, los efectos visuales en el escenario, la complicidad del grupo musical de apoyo y el mismo “Monstruo”, habían sellado un *show* redondo. “Atildado”, creo que dije.

Pero sin nada particularmente memorable.

No hubo salidas de madre, no hubo errores.

Y luego vi la columna que escribió para *Culto* mi querido Marcelo Contreras Chávez, en que sostenía que, “toda esa tradición a la que se remonta Alborán donde España es sencillamente brillante con figuras legendarias que conducían a la Quinta Vergara hasta el paroxismo (Julio Iglesias, Camilo Sesto, Miguel Bosé, Raphael, Alejandro Sanz), no crece con su aporte. Está más cerca de la estética musical impuesta en los últimos veinte años por los concursos de talentos en televisión, donde los géneros son filtrados hasta convertirlos en material propicio para un musical. Ha venido tres veces y seguirá viniendo como ídolo generacional. El futuro dirá si sus canciones cogen trascendencia o continúan como sucedáneos”.

Entonces le comenté a Marcelo vía WhatsApp algo que me rondaba la mente hace algún tiempo y que tiene que ver, particularmente, con mi lectura reciente de *El enemigo conoce el sistema*, de Marta Peirano (Debate, 2019). La idea de que, en la industria del entretenimiento, pero también en otras, que van desde el diseño, hasta la de las redes sociales, el nivel de perfección técnica como que ha craqueado el sistema.

Alborán es un claro discípulo del legado, en específico, de un Alejandro Sanz, un artista, el más superventas en España de

por Ricardo Martínez-Gamboa

acuerdo con los datos de Promusicae (Productores de Música de España) en términos de placas cortadas y vendidas certificadas, que logró resucitar el “jondo” para el pop en los noventa. En aquella década, Sans era el ejemplo palmario de la denominada pseudoandaluzación, mediante la incorporación de esa interpretación vocálica plañidera y melismática que le daba al mismo tiempo a sus canciones un *appeal* tradicional y moderno.

Sanz, que, en los días del Festival, y en especial durante la actuación de Alborán, tuiteó felicitando a las y los músicos, legó al segundo una manera de hacer las cosas. Los temas de Pablo Alborán parecen hechos mediante fórmulas. Las palabras justas, los fraseos precisos, los melismas contenidos, los acompañamientos ideales. Como si todo se hubiera resuelto mediante procedimientos de *machine learning*.

Resulta un poco como el efecto que producen ciertos filtros de Instagram: todo muy estético, pero con menos humanidad. Una especie de tendencia estética poshumana.

Y entonces recordé muchas cosas de las que he venido escribiendo desde hace años, desde la comida mexicana hecha en casa, donde al agregar el sazónador para tacos Pancho Villa, que es básicamente glutamato monosódico en polvo, los tacos quedan idénticos a los de los restaurantes mexicanos, hasta el decorado de los pubs y restaurantes gentrificados y brooklynizados, donde habitan de suyo propio cosas como las pintas cerveceras, las sillas Tolix, las ampollitas Edison, en un *template* perfecto, pero que parece plástico, y hasta los mismos rostros de las celebridades de Instagram, que cada vez se han aplanado más en sus rasgos irregulares, haciendo que las *influencers* se vean cada vez todas más idénticas a Kylie Jenner, con rasgos como, y esto lo extraigo de un texto del *New Yorker*, “un tono de piel excesivamente bronceado, una influencia del sur de Asia en las cejas y la forma de los ojos, una influencia afroamericana en los labios, una influencia caucásica en la nariz, una estructura de mejillas que es predominantemente nativa americana y del Medio Oriente”. Todo

esto último potenciado desde aplicaciones como FaceTune o el uso del ácido hialurónico.

Y entonces empiezo a pensar seriamente en esta estética y existencia poshumana a la que se ha arribado a inicios de esta década del 2020, aunque con un recorrido que ya lleva quince o veinte años. Y pienso en un listado de fenómenos relacionados:

↪ En música, con el uso de recursos de audio como el AutoTune o los filtros de sonido, los que son tan caros a las corrientes urbanas como el reguetón, el trap, o los *singles* de las divas como Beyoncé o Rihanna, pero también son usados en cosas como los discos de Steven Wilson, de quien una vez un contacto en Facebook me comentó que, “a mí me gusta caleta Steven Wilson, pero hay algo en el exceso de pulcritud en la ejecución y edición de sus discos, correspondiente a las millonarias producciones de ellos, que me produce un efecto raro, es como si vieras una pintura, no sé, onda Renoir, de lejos y decís: ‘ctm, la weá hermosa, nada que decir, ta la raja’, pero te acercas y ves que es una pintura lisa, onda sin que estén marcados los trazos del pincel con sus respectivas acumulaciones y relieves de pintura, que tampoco se note ni un poco que fue pintada sobre un género, onda liso, total... sigue siendo bacán su trabajo y me gusta mucho, pero como que me produce algo raro, como que le falta algo que no es musical”.

↪ En diseño, aparte de la estética hipster brooklynizada, se revela incluso en el diseño de las oficinas, en esos ambientes en exceso higienizados, que, como ha señalado Kyle Chayka, promueven una estética anestesiada a la que denomina “AirSpace”.

↪ En el deporte, por el perfeccionamiento de condiciones como la preparación física, las prácticas nutricionales, y el mantenimiento en forma dentro y fuera de la cancha, disponemos de los practicantes de élite de las ligas deportivas con mejores resultados de la historia, desde los 56 Grand Slams ganados en conjunto por tres tenistas en actividad (Federer, Nadal y Djokovic), que supera a todo lo anterior, hasta los seis anillos de Supertazón de Tom Brady, pasando por el inminente arribo al “Club de los 700” de Lionel Messi en el fútbol, esa lista corta de solo seis futbolistas (si se incorpora Messi, llegaría a siete) que han marcado más de setecientos goles en su carrera, solo contando registros oficiales.

↪ En la facturación de series de televisión, como en el caso de las de Netflix, donde, apoyado por Big Data que proporcionan las y los usuarios, cada vez que dan *play* a algo en la aplicación de la “N”, los productores descubren que para hacer una serie popular y masiva a nivel global, basta con integrar a la fórmula un fanservice con todo lo que busca y quiere: una epidemia de referencias a la memorabilia ochentera y más allá, desde

ET/Goonies/Spielberg/Twin Peaks, hasta Stephen King y Howard Phillips Lovecraft, pasando por mucha bicicross con lucecita de dinamo, mucha aventura en el bosque con linternas, mucho D&D, mucho cómic.

↪ En las comidas, el uso del glutamato monosódico que resulta como un *enhancer* de los sabores, como en el caso del sazónador para tacos, pero también en la búsqueda de sabores que produzcan el “efecto Magdalena” de iniciativas como el Noma en Dinamarca o El Bulli en Barcelona.

↪ Incluso, en los olores, como señala la ya citada Marta Peirano: “hay cuatro empresas en el mundo que producen los olores y sabores de todas las cosas que compramos: Givaudan, Firmenich, International Flavors & Fragrances (IFF) y Symrise. Se reparten una industria de más de veinticinco mil millones de dólares al año y su cartera de clientes incluye fabricantes de refrescos y sopas, suavizantes, tabaco, helados, desodorantes, tapicería de coches, cosméticos, medicamentos, pintura, artículos de oficina, desinfectantes, dildos, chucherías y juguetes. Su contribución al producto final suele oscilar entre un uno y un cinco por ciento, pero es la parte que lo cambia todo. Los saborizantes y aromatizantes que aparecen mencionados genéricamente en las etiquetas de los recipientes son los responsables de transformar el producto en otro completamente distinto, cambiando el sabor, el olor y hasta su textura sin alterar uno solo de los ingredientes ni el proceso de elaboración”.

Hoy parece que, tal como en el caso de los temas de Pablo Alborán, todo se encuentra higienizado, llevado a la perfección estética, y motivando chorros de dopamina en nuestros cerebros cada vez que entramos a un espacio, sea de oficina o de pub, sentimos un olor que nos evoca la infancia que está facturado por IFF, ocupamos un filtro de IG para parecernos a las Kardashian, e incluso vamos definiendo nuestras opciones políticas comandados teledirigidamente desde Cambridge Analytica. Hay, por cierto, “héroes” de esta poshumanización, desde el productor musical Max Martin, hasta el productor de eventos, como el mismo Supertazón, Ricky Kirshner.

El resultado final, en términos de percepción, para quienes somos Gen-X, es una desrealización, un *uncanny valley*, la sensación de que toda la música sencillamente perfecta que escuchamos en esa cafetería de Viña o en ese *brunch* de Portobello en Londres, es siempre una lista de Spotify elaborada por *machine learning*, donde nada parece totalmente auténtico, aunque nos satisfaga con creces.

Alborán es un poco eso, y por eso su *show* nos deja con una picazón extraña en el corazón, la guata y la mente.

Entrelazadas

por Emmy Núñez

Plaza España

“Con sus caras y su aire ingenuo”, tarareaba en su mente, imaginándose a Lucho Gatica. Iba en la 35 por la avenida Santa Rosa, camino a su casa. Esperaba llegar y mostrarle a su mamá su nueva compra, que le combinaba a la perfección con su vestido azul que llevaba. El día iba decente hasta que él se subió, con su olor nauseabundo. Llegó con el cardumen de gente y se puso detrás de ella. Entonces sintió que la empujaba, la empujaba y la empujaba. No era solo eso, se restregaba en ella. Se dio vuelta para encararlo, pero el weón se sobresaltó y a la primera parada salió disparado, no alcanzó a decirle nada. Solo le dejó una mancha. Una mancha en su abrigo nuevo, ese que le había costado dos sueldos.

Trinidad

No me salen palabras ante su piropo. “Mijita rica”, grita el weón. Ya es tarde, solo quiero llegar a mi casa. Apuro mi caminar y callo ante su agarrón, su grito con aliento a alcohol, su violencia que me empuja al suelo. En silencio, aprecio el tatuaje morado en mi rostro y saboreo el jarabe rojo que corre por mi boca. No es dulce, es salado, y quema al brotar. Y de la misma manera desaparezco, sin que nadie me oiga a la vuelta del metro Trinidad. Trinidad, ese es mi nombre, que durante unos meses dará de qué hablar, pero con el paso del tiempo será silenciado y olvidado.

Hermosa

—¿En serio saldrás sin depilarte? —Se veía muy disgustada conmigo, no entiendo por qué le afecta tanto.

—Sí. ¿Qué tiene de malo? —Miré mis piernas. No se ven mal con pelos, son solo piernas.

—Eres una cerda. Por último, si no te quieres, hazlo por higiene.

—Por lo mismo no lo hago, me quiero lo suficiente como para que no me moleste una parte de mi cuerpo. —Me mira blanqueando los ojos y me vuelve a mirar con asco.

—¿Estás enferma? Maquíllate un poco. La mamá tiene razón, nunca te preocupas por ti.

—No tengo ganas, igual ya me maquillé toda la semana.

—Claro, por eso toda la semana parecías una zorra. —Se ríe de mí, no la entiendo.

Salgo del baño y me voy a poner la ropa.

—Guau, sí que estás loca —dice viendo lo que elegí para ponerme—. Pareces una zorra peluda, por lo menos tápate las piernas y esos tatuajes, que pareces hombre.



↑
Parte del proyecto *Metafotografía e Infradiscurso* (2018-2023), fotografía análoga.

Ya no puedo más con sus insultos y lloro. Ya no quiero salir, les diré a las chiquillas que me enfermé o algo. No entiendo por qué siempre tiene que ser así, hago mi mayor esfuerzo y quiero pensar que ella también, y aún así no logramos amarnos, pero si ella no lo hace yo debo hacerlo, repetir que nos amo y decirlo hasta que sea real.

Me limpio la cara y me pongo un vestido; casi nunca me lo pongo por el qué dirán, pero me encanta. Por última vez la miro, se ve enojada.

—Tú nunca entiendes, la verdad.

—Te amo. —Me mira atónita, no esperaba que le dijera eso.

—¿En serio? —Su mirada se suavizó, hace mucho que no se lo decía.

—Sí.

Observé por última vez el espejo antes de salir, la observé y con una sonrisa le dije:

—Eres hermosa, soy hermosa, que nadie nos diga lo contrario.

Fuerte

No, no me hizo más fuerte
a esa edad no necesitaba ser más fuerte,
necesitaba amor y cariño,
no ser violada.
Han pasado años y aún te recuerdo.
Tu olor asqueroso
Y tus manos asquerosas
Tu cara asquerosa
Y tu cuerpo asqueroso
diez años y recuerdo todo
diez años y el dolor sigue
diez años y me da miedo salir sola
diez años y no puedo tener relaciones,
porque quiero, pero no puedo.
Ahora el mundo me dice
“Acéptalo, las cosas pasan por algo,
esto te hizo más fuerte”
Pero no quería ser más fuerte.
Quería ser una niña.

Destrozado y reensamblado

por **Javiera Descouvieres**



TÍTULO DEL LIBRO

Nuestros últimos pasos

EDITORIAL

Áurea

AÑO DE PUBLICACIÓN

2022

NÚMERO DE PÁGINAS

84

El último chasquido de un ensamble resonó en toda la habitación. María José dio unos pasos hacia atrás, sin calzado y levantando mugre del suelo de madera del viejo apartamento. Unas partículas de polvo volaron y se hicieron visibles ante las pocas luces de neón que entraban por la ventana tapada con una bolsa de basura negra. Observó su creación con miedo.

—¿...Hola? —susurró por lo bajo. Si alguien lo escuchaba, estaba en problemas. Miró de reojo por el hueco de la bolsa de basura y luego, de nuevo miró su invento. Su androide, decorado con solo piezas robadas de “fosas comunes”, yacía tendido en el piso. María José suspiró, tratando de recordar cuándo fue la última vez que vio una fosa común con huesos y no metales cortantes. Sonó el dispositivo casero, pero era como si su voz estuviese ahogada por un cuchillo en plena tráquea.

—¿Qué es esto? Oh, no... —masculló.

María José se aproximó lo más rápido posible para acercar su rostro hacia el artefacto, con evidente emoción. Un silencio paralizó al robot. Su creadora lo miró, desafiante.

—¿Qué es esto? —Intentó mover sus brazos y se dio cuenta de que estaban amarrados a lo que había sido una estufa a gas—. Esto no puede ser todo lo que hay...

Alzó la vista y la fijó con terror en su creadora, que tenía una sonrisa maliciosa en el rostro.

—¿Qué es esto?

La sonrisa de su creadora comenzó a abrirse cada vez más.

—¿Qué soy?

Su intento de voz era más angustia que deseo de información.

—¡Hazlo parar! —chilló—. POR FAVOR, DETENLO.

Sus brazos desensamblados se movieron rápidamente, golpeando y agitando sus muñecas dentro del amarre que lo mantenía en la estufa, creando un ruido seco de metales chocando con las cadenas. Y el éxtasis llegó: las cadenas se destrozaron y, ya con sus brazos libres, hizo un movimiento frenético contra su cabeza, propinándose montones de golpes en el reluciente metal.

Pasados unos segundos, los golpes abrieron un orificio. El androide solo metió sus dedos gélidos dentro y arrancó el cableado que pudo. Su cabeza finalmente reposó en

su hombro, con los ojos abiertos. María José rio lo más fuerte que podía sin ser escuchada por nadie.

Después de un rato suspiró, posando sus manos en su cintura y observando su creación suicida en silencio por un largo rato. Hasta que escuchó algo moverse. Miró hacia la pila de androides que yacía en un rincón y buscó el origen del ruido. Con tan solo caminar hacia la pila, identificó el problema. Un cachivache de cables y metales mal ensamblados miraba a la joven desde la oscuridad. De sus ojos sin párpados emanaba un vapor que parecía eterno.

—¿Sabes quién es Dios? —preguntó la joven. El robot agitó lo más rápido que pudo su cabeza hacia ambos lados, negando—. Jamás pensé que sería así... —comenzó a bufar la joven, dejando caer sobre sus hombros su pelo rubio—. Parece que no estamos invitados al cielo...

Dicho esto, dejó su posición de cuclillas y se sentó en el piso polvoriento, en una pose en que sus rodillas se estiraban hacia los lados y sus pies se tocaban entre ellos.

—Es la quinta vez que intento introducir creencias y dioses en este pobre bastardo y siempre es igual...

A estas alturas, María José ya había comenzado un monólogo, levantando la vista y centrándose en el techo, gris por la suciedad del humo de miles de cigarros.

—Si este prototipo ha visto todos los dioses y ha terminado así... —continuó hablando al techo, mientras con una mano palpaba el piso en busca de una herramienta para poder volver a ensamblar al “prototipo creyente”.

Ya era la tercera semana en que mezclaba códigos e información para inyectarla en los cerebros artificiales de los androides, todo con el mismo resultado.

—¡Solo quiero saber cómo es Dios! ¡Mierda! ¡No me he levantado temprano en vano todos los domingos a la iglesia, por quince años, para no poder averiguar cómo se ve su divinidad!

Siguió tanteando el terreno, pero esta vez su mano no se movía buscando la herramienta, sino que eran simples golpes de rabia contra la madera polvorienta del piso. Los golpes se habían convertido en espasmos, mientras ella, aún frustrada, seguía mirando la techumbre que parecía caerse en cualquier momento sobre la habitación, bañada en la oscuridad y con metales esparcidos por doquier, más la pantalla de una computadora prendida permanentemente y un colchón sucio en una esquina.

El prototipo, aún con los cables colgando de su cabeza, permanecía inmóvil. Se notaba que no era la primera vez que intentaba

escapar de quién sabe quién, puesto que había otros huecos en su cuerpo, tapados penosamente con cinta adhesiva. Su cuerpo comenzó a saltar poco a poco. Las vibraciones de los golpes contra el piso de María José hicieron temblar el endeble piso, hasta que finalmente el cuerpo se derrumbó, levantando una polvareda cuando sus partes chocaron contra el piso, haciendo que se le desprendiera un brazo.

El ruido alertó a la joven, que desvió la vista automáticamente sobre la basura que hacía momentos ya se había suicidado por quinta vez. Dejó su movimiento de manos espasmódico, fijó la vista bastante tiempo sobre el objeto y suspiró indignada. Ya había alargado mucho su vida, mientras el prototipo se destrozaba constantemente; ella a la par estaba reensamblando.

Ya cansada del tema, volvió a alzar la vista y buscó con la mano la única caja de herramientas que le quedaba.

—Estoy segura de que podrá aguantar una vez más... —Su mano revolvió el piso, para chocar con algo gélido, mucho más gélido que el mismo ambiente. La solitaria programadora miró el objeto con que se había topado su mano. Era una de las extremidades del androide con el cual María José había entablado una conversación antes.

Ante los delirios de la rubia, el androide había intentado huir, arrastrando lo que le quedaba de cuerpo, dejando atrás caderas y piernas, puesto que solo finos cables se habían cortado con las partes metálicas rotas de otros androides, manteniendo un torso con lo que en un humano serían muñones.

La rubia lo miró un rato. Luego esbozó una sonrisa gigante, quizá la más alegre que había tenido desde hacía mucho. Entrelazó sus dedos con los de la máquina que trataba de huir y siguió mirándola, mientras sus ojos se iluminaban cada vez más. Lo que quedaba del androide quiso cerrar sus ojos, pero su falta de párpados lo encerraba en el horror.

—¿Sabes quién es Dios? —Le sonrió nuevamente, levantándose y mirándolo directamente a sus ojos eternamente abiertos.

El androide intentó arrastrarse hacia otra dirección, solo para recibir un pisotón en la mano, que quebró parte de sus dedos oxidados.

—¿Quieres conocerlo y ayudarme?

La programadora fijó estas palabras como las últimas, para luego ir a la única luz que era propia del apartamento. La computadora se reinició nuevamente y los códigos empezaron a llenar la pantalla. El robot intentó golpear su cabeza y arrancar sus cables antes de que lo usasen como juguete, pero sus dedos rotos no se lo permitían. En ese momento, el androide creyó que ella era Dios.

Algo nos espera

por Andrea Moreno

Algo nos espera
Algo caótico
Algo apocalíptico

Algo nos observa
Nos estudia

Algo nos deprime
Nos asusta
Nos acelera el corazón hasta paralizarlo

Algo se acerca
Se arrastra
Avanza
Corre

Algo ya está aquí
Nos apuñala
Nos desmiembra
Nos quema
Nos hace llorar

Guerra
Sequía
Hambre
Pandemia
Calor
Frío
Desborde

Algo siempre estuvo aquí
Nosotros creamos Algo.



↑

Parte del proyecto *Metafotografía e Infradiscurso* (2018-2023), fotografía análoga.

Pedidos individuales de mujeres solas

por Millarai Sazo Salazar

Anunciaron la primera lluvia del año, fuerte, con truenos, relámpagos y muchos milímetros de agua por caer, y yo solo pensé en la luz, esa que funciona tan mal en esta ciudad y a la primera gota, se corta. A nosotros nos decían que éramos de azúcar por faltar a clase por la lluvia; definitivamente la electricidad de Santiago es de azúcar.

Ese día llegué a mi casa mojada, con frío, hambre y a oscuras, ya que gracias al “horario de invierno” aún no son las siete de la tarde y afuera ya es de noche.

Al abrir la puerta él estaba ahí, seco y cómodo, como un buen gato hogareño en invierno, al que distingo entre la oscuridad por sus ojos amarillos. Me miraba con sueño y extrañeza, mientras yo iba a buscar una vela para dejar en la mesa del comedor, pensando en que me gustaría ser un gato. El Negro se vino a echar a mis piernas cerca de la luz y me hizo consciente de que, en esa noche oscura y esa casa gigante, solo estábamos yo, un gato y una vela.

A diferencia del Negro, yo no tenía comida esperándome en un plato. Cocinar en la oscuridad no se me daba, en la luz tampoco. Así que decidí arruinarle el día a un repartidor y pedir comida por Uber con esta lluvia. Pedí dos hamburguesas con papas, y unos nuggets para compartir con mi somnoliento amigo. Pedí dos, no porque fuera cerda, sino porque eso alejaba a los psicópatas que buscaban pedidos individuales de mujeres solas. Y así también tendría almuerzo para mañana.

Tenía treinta minutos en la oscuridad antes de que llegara, pero solo habían pasado veinte cuando el teléfono me mostraba que el repartidor venía llegando a la casa. Me puse las botas de agua, y dejé a todo volumen la conversación entre dos amigas de una serie. ¿Iba a gastar mi batería para hacer creer al repartidor que no estaba sola? Sí, aunque hubiera luz lo habría hecho.

Al salir y prender mi linterna, porque las luces de la calle tampoco existían, el repartidor ya estaba afuera, pero sin bicicleta, sin auto, sin moto, con mi pedido en la mano. Al notar mi extrañeza, rápidamente me señaló que mi calle estaba muy inundada, su auto era bajo y lo había dejado estacionado a la vuelta. Le creí, y abrí.

Cuando le iba a pagar, el Negro salió corriendo al jardín de la vecina; no le tenía miedo al agua, pero la lluvia era muy fuerte y consiguió intimidarlo. Corrí a buscarlo con la bolsa de comida en la mano y me devolví con él colgando en mi brazo.

Al volver a la entrada de la casa, el repartidor no estaba. Alumbré con la linterna los alrededores, pero no vi nada, y al ir a buscar al Negro tampoco había visto un auto estacionado a la vuelta. Sentí un escalofrío al razonar que, si no estaba ahí afuera, entonces estaba dentro de la casa. Me conforté diciéndome que lo más probable era que haya entrado, porque lo dejé esperando en la lluvia mientras iba a buscar a mi gato. O que solo se había ido hacia el otro lado, todo sin mucho efecto en mi paranoia. Yo no



←
Parte del proyecto
Metafotografía e
Infradiscurso (2018-2023),
fotografía análoga.

le había pagado, así que él no se había ido, pero la verdad es que tampoco estaba en mi patio.

Entré a mi gato junto a la bolsa de comida y cerré la puerta. Iba a revisar el patio; lo malo de las casas antiguas es que son eternas, y siempre tienen ese cuarto lleno de cosas que jamás usas, pero siempre guardas. Al entrar me arrepentí al momento, apenas podía avanzar y si alguien estaba aquí, yo estaba perdida. Pero no había nadie.

Me consumió la desesperación al escuchar un ruido que venía desde el interior de la casa, había encerrado a mi gato con un loco, y quizás qué estaba haciendo o buscando. Me apresuré a salir, pero me tropecé con una de las cajas que prometí mil veces botar, mi teléfono quedó entre todas esas cosas y no me detuve a buscarlo en la oscuridad, era inútil.

Al entrar por la cocina llamé a mi gato sin obtener respuesta. Busqué la comida y no estaba, busqué la luz de la vela, estaba apagada; no veía nada, pero no estaba sola. Llamé al Negro con sus galletas, pero no aparecía. Caminé y llegué al fondo de esta casa que antes era muy acogedora, pero ahora se sentía tenebrosa e interminable, y vi la puerta de la pieza abierta. Ya no estaba solo yo, un gato y una vela, y no me sentía más acompañada por eso.

Cuando vi al Negro desde la puerta, estaba en el patio comiéndose los *nuggets*; lo tomé y corrí, tal como cuando uno corre a los

seis años, pensando que viene un monstruo detrás de ti al salir del baño y apagar la luz; y me encerré en los cuartos de adelante, a los que solo daba entrada una puerta. Mis llaves quedaron fuera, así que agarré las de emergencia.

Afuera la lluvia seguía, yo sentía pasos, rozaba entre la paranoia, el miedo y la realidad. Sentía que se acercaba alguien y azotaba la puerta para venir por mí, pero era solo la puerta abierta del fondo de la casa sonando, nunca había sentido tanto miedo.

La luz volvió a las seis de la mañana, yo no había dormido nada, pero la claridad de la mañana me transmitía valentía, por lo que salí a revisar, temblando, débil, sin haber comido, sin haber dormido, apenas distinguiendo las cosas con claridad.

Pero al llegar al patio, sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo y despertar mi mente. Tomé la nota y leí: “Pensé que habías comprado dos hamburguesas para comer juntos, será para otro día, por mientras cuídate mucho”. En el antejardín estaba todo cerrado, el portón con llave y la reja con su candado.

Desde ese día nunca más he vuelto a sentir que somos solo yo, un gato y una vela.



↑
"Autorretrato con cicatriz de cirugía cerebral"
(2021), diptico, fotografía digital. Parte del proyecto
Mateo 5:30.

ARTISTA INVITADO: ALFONSO CARRERA

Isa

Como resultado de sus estudios de Psicología y Artes, Alfonso Carrera (Chillán, 1991) propone en sus obras una interpretación de las experiencias y la mente humana. Trabaja principalmente con la fotografía análoga y digital, muchas veces intervenida, o fotos de sus propias piezas plásticas. Ha creado también esculturas y utilizado elementos no convencionales en sus obras para transmitir su visión. La materia prima inusitada —el vidrio roto, los hongos, el fuego y los ladrillos— construye una visión oscura, muchas veces decadente, sobre la propia humanidad; otorga una interpretación terrorífica de la realidad, de lo que hay y de lo que viene.

Carrera muestra la psique como elemento crucial y definitorio del ser humano, y su obra, al igual que el inconsciente, opera muchas veces como un lugar oscuro, desconocido e incontrolable. Su trabajo y propuesta complementan este número de revista *Grifo* con una representación visual del sentimiento que acecha inminentemente la experiencia humana: el miedo.

Algo sobre la luz blanca

por Sofía Troncoso

Ya no puedo permitírmelo. Mis párpados quieren cerrarse, pero no debo dormir. Escucho su voz como un eco prolongado a través de cada una de mis noches insomnes. Esta vez solo uno de los vecinos del edificio del lado está aún con las luces interiores prendidas y la oscuridad se come el resto de las viviendas. Me atrevería a decir que solamente yo escucho esa voz y nadie escucha la mía. Tengo la mitad del cuerpo bajo las sábanas, y la otra mitad descubierta de frazadas y ropa, iluminada.

Su voz reverbera en mi pieza, sube por mis costillas paso a paso, trepa por mi pecho extendido y erizado, se aferra a las falanges tiesas y se queda ahí, colgando entre mis manos como una mala-barista experta. Su forma de hablar guía mis pensamientos; lo que dice suele ser lo que he estado pensando horas o minutos atrás.

Hace una semana, tras varios meses de mal dormir, llegué al punto de no retorno. Escuchaba más fuerte el latido de mi corazón que cualquier otro sonido al acostarme. La saliva que tragaba hacía más ruido que los bocinazos en las calles. No podía cerrar los párpados sin ver pesadillescos escenarios. En esas visiones, todos los que amaba se iban de mí, ampollitas quebrándose una a una en una fila continua hasta estar regados de vidrio. Decidí no dormir tras despertar, varias veces, por mis propios gritos en medio de la oscuridad. No podía permitírmelo.

Inicialmente fue un desliz. Bajaba y subía por la pantalla de mi celular. Un click equivocado. Pero su voz me envolvió de forma rápida y voraz. A la noche siguiente hice lo mismo, un poco más consciente de que ella me podía estar esperando. Vi cómo se apagaban las luces de los vecinos, una por una. Vi cómo yo perduraba. Vi cómo mi cuerpo seguía brillando, mi rostro iluminado, mi cuello extendido, mi pecho destellante, y del ombligo para abajo todo espeso, ambiguo, un poco marcado por el frío que algunos días ni lograba sentir.

Desbloquéé el celular. Mi corazón estaba hecho de esto: luces blancas y voces cercanas. Elegía conservar el insomnio. Esperaba el día entero para llegar a este momento en que la podía ver contarme de su día, abrir paquetes, probarse ropa, calificar restaurantes de comida japonesa, recomendar productos de belleza. Videos extensos que solo prolongaban su voz dentro de las paredes de mi pieza. Su luz hacía resplandecer mis pómulos, mis pupilas, mis labios delgados, mis oídos atentos. Cuando ella reía sentía como si mil ampolletas se iluminasen, de una vez por todas, súbitamente. Entonces yo reía también.

Los últimos vecinos despiertos ya habían apagado sus luces. Solo quedaba un poste de luz que persistía ante toda esta oscuridad que quería derribarnos a mí y a quienes amaba. Si llegaba ese día, en que ellos se irían sin retorno, yo ya me habría preparado para lo peor. Almacenaba sus voces junto a mí. Un resplandor nocturno, una calidez lunar. La capacidad de almacenamiento de todos mis artefactos podía llegar a su tope, pero mientras tuviese un enchufe cerca, ellos lo estarían también.

Sentí un fuerte ruido lejos de mí, muy lejos de mí, que me teñía de una sensación de indiferencia. Vi cómo chispas salían volando y cómo la oscuridad se hizo inmediata a exceptuar por la pantalla a centímetros de mi rostro. Me cubrí un poco más con la sábana. Había una distancia inconmensurable, hasta asfixiante. La voz en los videoblogs me apaciguó de inmediato. Admiraba la manera en que salía a la calle y probaba todo. Admiraba sus relaciones, las amigas que mostraba, sus apodos y formas de vestir. Me reí con una de sus bromas de manera tan fuerte que tiré el cable y desenchufé el celular. Trepé hacia el extremo de la cama de forma ágil. Listo, puedo seguir, pensé. No hay necesidad de dormir cuando la noche es un desastre de carboncillo en un lienzo agujereado. Y el celular la estrella que guía a casa.

Quema carne

por May Mimarín

Los bomberos ya habían logrado apagar el fuego. El prostíbulo se encontraba destrozado. Solo sobrevivían entre las cenizas los altos tubos que usaban las chicas para bailar el caño sobre las tarimas y las habitaciones en donde se realizaban los privados, a los que casi por estrategia Constanza no les había chorreado bencina.

En el suelo de uno de los cuartos se encontraba el cuerpo desnudo y sin vida de la joven responsable del incendio, con un sobre en la mano que tenía escrito: “Para Andrea”.

La PDI no le entregó el sobre a Andrea de inmediato, quien se encontraba a las afueras del lugar con un rosario en la mano. Le dijeron que debían leer primero el contenido de la carta por protocolo de seguridad. Andrea lloraba mientras era interrogada por el subcomisario.

—¿Qué era usted de Constanza? —le preguntó.

—Su pareja —contestó Andrea.

—¿Usted trabajaba aquí también?

—Sí.

La carta nunca llegó a manos de Andrea. La retuvieron para realizar la investigación del caso a pesar de todos los alegatos que esta realizó.

Las últimas palabras que escribió Constanza decían lo siguiente:

Querido amor de mi vida:

Discúlpame por dejarte sola, pero debes ser tú quien les comunique lo último que tengo para decir. Quiero que cuando encuentren mi cuerpo desnudo y tirado en los privados les digas que lo hice por ellos. Que cuando me encuentre completamente inconsciente y mi alma se haya ido quizás dónde, se los regalo. Ahora pueden profanar mi cuerpo como ellos quieran. Como siempre quisieron. Diles que ya nadie me va a tener que obligar y que va a parecer que lo gozo. Y que como ellos siempre me decían: solo debo dejar de pensar y que la carne goce. Diles que ahora se sirvan de mi carne. Ahora es más exquisita porque es la carne mía y la carne de Cristo. Estoy junto a Él. Dile a las chicas que quemé el night club porque a pesar de que sé que seguirán en el rubro, me llevo con el humo del fuego todos sus gritos y llantos, y sus sueños de quemarse la carne viva mientras soportaban a un hombre disfrutándolas. Esta es mi muestra más profunda de amor.

Y perdóname Andrea, pero debes saber que no sólo estoy al lado de Cristo, sino también junto al bebé que esperaba de no sé qué cliente, porque tú sabes cómo son estas cosas. Uno de los tantos me embarazó. Pero quiero que les digas que Cristo me dijo al oído que les repitieras estas palabras: Tomen y beban todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre envenenada por todas las veces que tuve que callar cuando quería gritarles que dejaran de tocarme. Ahora beban y coman de mi cuerpo, y derrámenlo por ustedes y por todos los hombres para el perdón de los pecados.

El libro de Ernesto

por El pájaro verde

El lector se encuentra frente a una muralla pulcra que ignora no solo las leyes de la física y del cosmos que la ciencia no ha llegado todavía a descifrar. Si es su deber o no, lo ignoro, derrocha una completa indiferencia a cualquiera que se encuentre delante, y decide enfrentarla y aprender de ella con los artilugios de los que dispone. Entonces el susodicho se planta enfrente y comienza a quemarlo con su pasión y su obsesión por el entendimiento que componen la materia gris. Se piensa responsable del hallazgo de un tesoro oculto tras esas páginas, la tinta que forma las palabras forma a su vez recodos que confunden al lector y lo creen responsable de algo que solo él puede darle fin.

Esta historia habla de un lector y su muralla.

Todo empezó en Santa Agustina, una ciudad más bien corriente, con secretos que se dejan entrever cada tanto gracias a la prensa local, vuelta hacia lo mórbido, que para tranquilidad de sus habitantes no era tan común. La ciudad contaba con unas ocho universidades, tres de las cuales se centraban en el desarrollo de las humanidades. Laura vivía cerca de una de las tantas, a unas tres cuadras, más o menos, un lujo apreciado con recelo entre los estudiantes. Dormía en una pensión y vivía en la micro, en el parque, en las plazas, en casa de sus amigos, y se realizaba en los libros, con sus laberintos de tono grave café a fino blanqueado. Estudiaba Letras. En su habitación tenía los mismos diez libros que desfilaban como los pajeros de los fluorescentes burdeles que se afirmaban como ferreterías e incluso verdulerías, mientras Laura ocurría por esas calles en una de sus cacerías taciturnas *after classes* y buscaba un libro con el cual intercambiar su ejemplar de *Narraciones extraordinarias* de Allan Poe, libro que encontró en un puesto de la misma calle, conseguido gracias a la compra-venta de un poemario de Vallejo. Allí cerca se habría detenido delante de un mesón con varios libros de variados colores, pero uno solo la hipnotizó, y debió ser fuerte el trance (para una persona lúcida y desacostumbrada al consumo de drogas) porque estuvo quieta por un rato irregular. *Praxis para una vida corta*, un libro de tapa dura seguramente olvidado por los anales de la literatura, una edición

sin información de impresión ni contraportada, solamente el nombre de quien lo escribió con rayones encima, cosa que imposibilitaba el reconocimiento del escribano. Confrontó al libro por otro buen rato, se limitó a observar las seis caras del *Praxis* y las primeras páginas, encontrándose con que el texto abría de la siguiente forma: “Sobre los héroes que acabaron con la cruz del pueblo asediado solo se conoce el nombre de uno de ellos: Miguel Acevedo de la Santísima Trinidad. De los otros no hubo soplido que supiera recordar alguna silueta o algo, el mundo parecía haber olvidado como castigo a quienes una vez fueron loados por su propia gente, la misma que luego odiaría y colgaría desde una cruz a cada infame desde un baño de llamas y sangre, la misma que goteaba desde sus extremidades maltratadas. Las súplicas sollozadas por los antiguos héroes fueron ignoradas por Dios, quien sintió desde su trono celeste un sentimiento que no recorría su omnisciencia desde hacía ya mucho tiempo, repudio”.

No pasó mucho tiempo, como regularmente solía ocurrir para que se acercara al dueño de los libros, un señor de edad, que traducido a la percepción ocular significaba tener tantas arrugas en el rostro como en la sabiduría, y llegaron a un acuerdo de mutuo beneficio. Accesibilidad dada para los entendidos de un mismo arte, como son los comelibros sin bolsillo, de paso consiguió información sobre el libro de autoría anónima. Pareciera ser que fue escrito a mitad del siglo anterior, el nombre del supuesto escritor corresponde al de Ernesto Iglesias. Era invierno cuando el de la tienda recibió el manuscrito de manos de un vagabundo que, motivado por el hambre y el frío, buscaba vendérselo, a lo cual este, en su profunda educación cristiana no tan practicada, decidió comprárselo a un precio para nada despreciable. Tras tal acto, el forastero se fue con sus ganancias y nunca más fue visto.

—¿Eso es todo? —preguntó Laura.

—Sí —dijo el anciano—, no creo recordar otra cosa, tampoco nunca me animé a leerlo, prefiero refugiarme entre conocidos a este punto de la vida.

Su fanatismo por las obras de Shakespeare era algo que Laura siempre supo apreciar, siendo incluso el primer enclave de diálogo entre ambos entusiastas, ella ocupando el rol de detective y él un ermitaño que mucho conocía de la vida, y que lo que conocía lo había aprendido en los libros.

En fin, ella fue muy feliz y él demasiado cordial, no hubo más que ver en esa calle, así que se volvió para su pensión con la colección extraordinaria de Allan Poe deshecha, cosa que no la apenaba para nada; una edición reprobable que iba de la mano con un material muy plástico en las hojas para gusto de Laura.

Al llegar a su pensión intentó enfrascarse de lleno con el nuevo libro, pero se enfrentó a una situación tan surrealista como el primer pasaje, y es que justamente ese pasaje había desaparecido sin dejar atrás pista alguna de su existencia, es como si nunca hubiese estado escrito. Perpleja e indignada, Laura revisó tontamente por delante y por detrás el párrafo perdido, a ver si se encontraba en otra página, pero por más que lo buscase no estaba ahí, realmente era como si nunca hubieran nacido aquellas palabras. A lo que optó por agarrar uno de sus cuadernos de estudio sin usar y reescribió de memoria lo que había leído en el puesto de su amigo shakespeareano, quedándose con el gusto de saber que, ahora sí, jamás esas palabras iban a morir.

Reanudó entonces la lectura y así estuvo hasta la resurrección del crepúsculo, cuando dijo es suficiente, pausó la lectura para seguir con sus otros deberes en papel de estudiante y de todo ser morigerado que respeta sus horas de comida y sueño.

Al día siguiente fue igual: despertó, cumplió con su higiene, desayunó café con magdalenas del *minimarket*, asistió a su limpieza bucal, se fue, asistió a clases, paseó por entre los puestos de libros, absteniéndose de comprar libros con libros, llegó a su pensión cansada y con la mente haciendo ruido, abrió el libro, lo leyó, lo cerró. Hizo sus tareas, cenó arroz con cebolla y pollo, durmió; y de nuevo despertó, cumplió con su higiene, desayunó café con pan y queso, asistió a su limpieza bucal, se fue, asistió a clases, llegó a su pensión cansada y con la mente haciendo ruido, abrió el libro, lo leyó, lo cerró. Hizo sus tareas, cenó lo de ayer, durmió; despertó, cumplió con su higiene, se fue, asistió a clases, llegó a su pensión, abrió el libro, lo leyó, lo cerró, cenó las sobras, durmió; despertó, cumplió con su higiene, no se fue, abrió el libro, leyó, lo cerró, no cenó, durmió; despertó, no se fue, abrió el libro, leyó, no durmió; leyó.

En su mente resonaba Xanadú... Xanadú... con un eco que hacía temblar la paredes huesudas de su cabeza. El mundo se partía en mil, o bien los mil mundos se juntaban caótica-

mente, y de este o estos emergió una figura sombría y alta como los rascacielos que parecen estar invisibles en esas tierras donde el sacramento no tenía orden ni jurisdicción. En el cielo, si es que había uno, sobrevolaban sin control ni sentido tinieblas absconditas que de repente bajaban en picada hacia donde estaba Laura, transformando sus figuras en altas siluetas sin forma, inexpresivas de rostro, porque tenían el inquietante infortunio de portar facciones humanas o máscaras hiperrealistas. No obstante, en su aparente sombra corpórea y plasmada en una dimensión distinta a la común brillaban palabras, oraciones que una y otra vez se iban dirigiendo a los oídos de Laura, ella no entendía lo que rezaban las figuras y les pidió que por favor se lo repitieran.

—“¡Miguel Acevedo de la Santísima Trinidad, te aconsejaba cortar tu lengua serpentina antes de hacer lo que osaste hacer! Nos apuñalaste a nosotros, tus hermanos; fuimos vendidos como tributo al Dios equívoco de los indios, y por mientras supiste vivir sin preocupaciones por largos días con el oro indio y las mujeres indias a costa de nuestra esclavitud y abandono. Pero fuiste finalmente enjuiciado por los nunca fiables monos de estas tierras malditas y, con nuestras propias cruces traídas de la Corona de Castilla te quemaron junto a tus antiguos hermanos. Ahora espero que siempre ardas, vivo o muerto, nos es igual para nosotros ¡Arde, mentiroso! ¡Arde!”.

Relinchos del purgatorio nacen del último *arde* y amenazan a la desafortunada, la cual decide dar media vuelta y correr con lo máximo que le dan sus piernas. Sentía en su nuca el jadeo insoportable de las criaturas, un hedor de ultratumba que rellenaba la habitación de un negro mate. No se prestaba el color para su cuerpo, a lo que Laura comenzó a desesperar por no lograr visualizar sus extremidades que, sin embargo, sentía sudar con fiereza.

Una piedra la condena a caer y a dejar que lo equivalente al cancerbero de acá la alcance y pisotee sin piedad. La muchacha pedía ayuda, exigía ayuda, gritaba por ayuda, a quien sea que pudiera escucharla, pero nadie fue a socorrerla ni a sacarla de tremenda pesadilla, hasta el punto en que sus gritos fueron ahogados por las mil pisoteadas mientras sus dientes eran fracturados y su cráneo achatado.

Abrió los ojos y notó la ausencia de sus manos y el sudor de todo su cuerpo, las lágrimas de sus ojos y el dolor en el cráneo. Respira con ajeteo hasta que empieza a razonar con su mente vuelta en caos, mientras el campo de visión se iba convirtiendo en algo que le era calmo y familiar, se encontraba en el suelo de su habitación acostada de lado. Eran las primeras horas de la primera madrugada y al notarlo lagrimeó de felicidad. Junto a las comunes risas que soltamos cuando creemos haber escapado del peligro, se levantó y se

fue donde el interruptor para iluminarlo todo. Entrecerrando levemente los ojos esperó hasta acostumbrarse a la luz y miró donde había sufrido las pisoteadas de los “caballos”, si es que podía llamar con tanta especificidad a algo que obviamente no pertenece a este mundo.

En un momento de catarsis Laura agarró su cuaderno y empezó a anotar lo que recordaba del sueño. La afligió pensar en el auténtico pánico que sintió por esas figuras tan vividas, tan repulsivas, tan malignas.

Días después, el shakesperiano se preguntaría si era una buena idea haberle dado ese libro, pues la verdad es que sí se animó a leerlo y la experiencia no fue para nada grata. Recuerda una tarde de agosto en que no pudo abrir el negocio porque con 18° con probabilidades de lluvia de un 80% nadie vendría a comprar libros, por lo que decidió quedarse adentro y prenderse un pucho mientras recorría con sus ojos seniles los cientos de libros que jamás llegaría a leer, cuando se detuvo en uno que había querido evitar hace tiempo. Supo que no había otra cosa por leer, de paso aprovechaba de adelantar el laburo y decidía de una maldita vez qué hacer con el jodido libro, así que fue a la cocina a prepararse un café con *latte* y volvió al comedor donde había dejado el libro, con el adicional de un pan tostado con jamón que tanto le recordaba a un antiguo amor correspondiente a tiempos más tiernos y más rectos, para él todo el tiempo por pasado fue mejor. Con sus armas preparadas y su café con *latte* a medio acabar resolvió con un último sorbo y abrió el libro desde la página uno.

Entre lectura y lectura el viejo se tallaba los ojos con notorio cansancio. Sentía que, por cada página que pasaba, había rastros de odio y rencor, sentimientos nocivos para alguien de su edad. No obstante, decidió seguir leyendo con el último fin de no dejarse intimidar ante cualquier libro. Pensaba que su experiencia se debía no solamente a la buena fortuna y a la buena dieta, también a la valentía y otros sueños que una vez reinaron con regla dorada el mundo, un mundo que ya no existía, que se desvanecía sobriamente delante del señor, y que finalmente explotó cual burbuja apoteósica, resignificando todo suceso habido y conversado, aunque terminan siendo la misma vaina, porque peras y manzanas son frutas, y las frutas caen de los árboles, a merced de las bocas sedientas de un alimento jugoso y breve como lo son las peras y las manzanas, agrupado todo eso en un buen trozo de mierda de dos moscas.

El viejo se rindió con el libro y lo cerró antes de seguir arruinando la tinta de las hojas con el llorar de sus ojos azulinos. Decidió no abrirlo nunca más, que nadie debiera leer algo así, por lo que partió con su infame libro, la taza, el cenicero y las migas encima de la mesa, testigos del quebrantamiento de

un noble hombre, fisura fatal que no lo dejaría libre hasta el fin de sus días, un 20 de abril, doce días después del funesto y muy sentido accidente de Laura.

Laura figuró su tragedia de la forma más creativa y llena de interpretaciones posibles: incendiando su propia habitación con fósforos y un pucho. También se disparó dos veces: una bala nomás atravesó olímpicamente su cráneo, la otra se presume que impactó con algún mueble o ventana, pero que por el fuego era complicado averiguar dónde impactó. Aunque bien, el fuego no logró abrasar del todo la habitación debido a los detectores de humo que actuaron con abismante eficacia. En el cuarto encontraron una cruz situada en el centro, las paredes llenas de hojas casi ininteligibles arrancadas de lo que probablemente era un cuaderno de estudio y nueve libros de literatura incinerados.

Al día siguiente se publicaría en el diario local la noticia que ya todos conocían de antemano, junto a un titular sensacionalista y una descripción bastante mórbida y minimizada de la escena del crimen. Adjunta a la noticia habría una foto de una de las tantas hojas pegadas a la pared, mas esta se conservaba en perfecto estado y decidieron los directivos del periódico publicarla justamente por lo mórbido y extraño del mensaje. “Los jinetes mortuorios de los verdaderos héroes recorrieron de Oriente a Occidente las tierras lejanas de la vieja Pekín, y Katmandú, y la poderosa Xanadú, París en primavera, el árido viento de España, el balneario de Liverpool, la capital de Estambul. Visitaron las casas del pasado y pensaron en lo que podría ocurrir, predijeron con ayuda de los astros y desde la zozobra miraron el horizonte temiendo una derramada de sangre y cuerpos, pues supieron que el futuro no aguarda sino castigos para los delitos y muerte para los desangelados”.

El viejo shakesperiano botaría instintivamente el periódico a la basura sin siquiera haber terminado de leer la imagen que usaron como fotografía de referencia. El señor estaba empapando sus mejillas con las lágrimas de sus ojos, se había arrodillado frente al cuadro de la Virgen que tenía en su cuarto y cabizbajo al rostro del sujeto que dormía en su cruz, comenzó a recitar las lecciones de cuando era chico.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. —Las lágrimas que soltaba Ernesto no eran de tristeza ni menos de cocodrilo, lo que sentía aquel señor era, quizás, una de las mayores alegrías que jamás alguien haya podido sentir, una de esas que solo puedes llegar a vivir si has pasado por un infierno o si sabes que ya lo visitarás pronto.

Volver a ser

por Moon Venli

Santiago, 26 de abril de 2024

Querida yo,

Hoy me encuentro finalmente lista para iniciar con esta carta, luego de cuestionarme diversas veces si debía proceder con esta charla, porque aquí no hay nada que no sepas.

Me da miedo esta situación, y no es algo que no sepamos, desde hace bastante tiempo lo vengo notando, pero no estaba totalmente segura de si mis sospechas eran ciertas o simplemente estaba siendo una inmadura, propensa a sentir demasiado en una etapa de la vida que se caracteriza por eso mismo.

Cuando era chica, solo quería crecer y convertirme en alguien totalmente diferente, con otras metas, sueños e intereses. En ese entonces no tenía idea de qué pasaría: si me hubiera enterado antes, ni siquiera hubiera considerado hacer un cambio en mí.

Lloraba desconsoladamente en mi pieza, rogándole a quien estuviera fuera de este mundo que me ayudara a regresar, pero ¿hacia dónde? No lo sé, no es como si me hubiera ido a otro lugar del planeta, ni mucho menos de la galaxia, no. Simplemente sentí que algo que solía estar presente, ya no lo estaba. Mi cuerpo se hallaba intacto, pero una pequeña parte de mí ya no se podía localizar dentro de aquel espacio. Era una pieza pequeña, pero la falta que me hacía se sentía como si la respiración me faltase cada día, a cada hora. A quien la gente se refería como gris, por su forma “aburrida” de actuar, ahora era todo el tiempo azul. No estoy hablando de que mi piel lo fuera, sino que yo me convertí en azul, yo me convertí en ese color “triste”, todo de mí se veía y sentía así: físicamente mi cabello estaba en constante caída, mis ojos miraban el suelo a cada momento y a los lados de mis ojos apagados había marcas rosadas.

Por otro lado, mis emociones se encontraban ausentes y pasé a sentirme como un sujeto inexistente. Dentro de mi ser todo se sentía vacío, y era como si esa sensación se burlara de la falta

que experimentaba y se hacía resonar por todo mi interior. No había nada, pero me estaba ahogando de manera inexplicable.

No sé cuándo, ni por qué empezó, pero recuerdo haber extrañado a una persona que ya no está y difícilmente regresará. Hasta el día de hoy me siento muy ajena a quien fui a los dieciséis años y no sé qué pasará en un futuro si me sigo extrañando tanto como lo hago.

Al menos, en la actualidad, ya no lloro siempre por la falta de identidad que sentí profundamente cuando recién me di cuenta de que algo andaba mal con mi interior, pero tengo miedo. Temo porque ya no sé quién soy, no tengo idea de quién es la persona que siempre veo en el espejo cada vez que me encuentro frente a uno. No sé sus metas, si en algún momento tendrá alguna, si aspira a hacer algo grande en su vida o seguirá avanzando a tropezones y quejándose de que Barbie le mintió cuando dijo que podía ser lo que quiera ser, porque aún deseando con todas sus fuerzas volver a ser quien era, siente que no puede ser quien quiere ser.

Con mucho cariño e incertidumbre,

yo

Lejos del hogar

por Andrea Moreno

Sonata de medianoche

Dicen que, si te mantienes despierto, a medianoche podrás escuchar una sonata.

La verdad es que nunca la he escuchado, son simples rumores que corren por ahí y si yo apenas me mantengo despierta en las clases de la mañana, no sé cómo podría hacerlo para supuestamente escuchar una sonata.

Según una amiga, si las personas la escuchan deberían hacer algo, mínimo ver por qué ocurre. Parecía muy alterada cuando lo dijo, pero cuando pregunté al respecto, simplemente me pidió que lo olvidara.

Ahora es de noche, no debe faltar mucho para que se escuche la supuesta sonata.

Maldigo a la profesora de historia y sus trabajos grupales; más que fomentar la convivencia, fomentan el odio y el estrés. Lo único que rescato es que podré saber si la sonata es real o no y, de paso, saber qué la provoca.

Imagino que será un curado que canta o un cabro chico que busca molestar en el vecindario. Mi imaginación no va más allá pues, un suave silbido interrumpe mis pensamientos.

¿Esa es la sonata?

La busco con la mirada y pienso que sería una ridiculez si es esa, pues es un sonido casi imperceptible.

Entonces la veo, una silueta oscura no muy lejos de mí, está quieta y, aunque no puedo ver su rostro, siento cómo me penetra con la mirada. Vuelvo la vista al frente y apuro el paso. Siento el sudor frío cuando identifico otras pisadas, además de las mías;

se escuchan lentas, como si no tuviera prisa alguna. Eso, en vez de tranquilizarme, me provoca ansiedad.

Vuelvo a escuchar el silbido, esta vez no se detiene.

Quiero pensar que esa es la sonata de medianoche. Alguien que sale a caminar en la oscuridad y silva porque, al parecer, no tiene nada mejor que hacer. Trato de hacer un chiste en mi cabeza, como que le faltan palitos para el puente, pero no lo logro. Me fijo en que falta poco para llegar a mi casa, tal vez una cuadra, entonces doblo en la esquina y esta tortuosa sonata habrá terminado.

Las piernas me arden, pero apresuro aún más el paso. Quiero correr, pero temo que eso haga que me persiga; entierro mis uñas en las correas de la mochila, pienso que se me saldrá el corazón con lo rápido que palpita.

Una cuadra, me repito mentalmente.

Sigo escuchando esos pasos venir hacia mí, pero trato de pensar en otra cosa. Como en el quiosco de la esquina donde debo doblar. Ese quiosco de años al que le compramos el pan y las bebidas retornables, donde el simpático viejito te cuenta que se acuerda de cuando eras un bebé y te fía un chocolate de los baratos. Pienso en que le contaré esto mañana y le comentaré que deberían poner más focos en la calle y tal vez cámaras.

Ya casi, me repito cuando logro leer los letreros que tiene fuera del quiosco.

Entonces grito porque unas manos me alejan de mi destino; los letreros se hacen borrosos y no solo por las lágrimas.

Lloro, grito y entonces lo comprendo...

Hoy me toca a mí cantar la sonata de medianoche.



←
Metafotografía e
Infradiscurso
(2018-2023),
fotografía análoga.

Bienvenida a casa

Por alguna razón, volver a casa siempre me da más miedo que salir.

Supongo que es porque no sé lo que me espera.

No sé si seré recibida con un abrazo o una golpiza, si abriré la puerta y tendré que esquivar algún objeto que sea lanzado en mi dirección. O simplemente me golpeará el frío látigo de la soledad.

Temo llegar con las manos vacías, pero también con las manos llenas. Jamás sé cuál será su reacción.

¿Se enojará porque no traje nada? ¿O porque gasté en algo?

Temo que me pregunte cómo fue mi día y me duele cuando no lo hace.

¿Prefiero que me grite, mientras me hace un interrogatorio? ¿O que no me dirija la palabra?

No temo salir de casa, porque sé que afuera, donde los ojos observan, estoy a salvo. Pero una vez la puerta se cierra, la oscuridad me abraza y yo tiemblo.

Su voz me da escalofríos, su tacto me quema.

A veces tomo rutas más largas para retrasar mi llegada, aunque sé que una vez esté frente a la puerta me arrepentiré.

Otras veces me quedo con las llaves en mano, mirándolas fijamente, esperando algo, cualquier cosa que me dé el valor de no girar ese picaporte.

Cuando las llaves entran en la cerradura, tomo una gran respiración y giro el picaporte. Todo está en penumbras, no se oye la televisión, ni hay olor a cigarro.

Suspiro aliviada, pero triste.

Aliviada porque no está en casa, triste porque estoy sola.

No logro girarme para cerrar la puerta, pues sus brazos me envuelven desde atrás. Mi cuerpo se tensa y mi respiración se acelera.

Me susurra algo al oído. Su aliento en mi oreja me estremece y su voz me revuelve el estómago donde las mariposas murieron hace ya muchos años.

La puerta se cierra y la luz se desvanece, mientras la oscuridad me abraza una vez más.

Pero ya no estoy sola.

De todo un poco

Microrrelatos

por Gabriela Macaya

De todo un poco

Después de escribir sobre mis dolores, sobre mis temas médicos, no supe bien cómo seguir escribiendo.

Nunca he podido escribir desde el amor, o muy poco, creo que es un tema muy manoseado por poetas, cantantes y escritores, y no pude encontrar mi voz en el tema.

Así que encontré el tema de la muerte.

A ver, siempre he escrito sobre la muerte respirando en mi nuca, así que ahora escribo siendo yo la que lo hace, mi protagonista es una asesina.

En general las historias de asesinos tratan de:

—Policías buscándolos.

—El que anda escondiéndose o arrancando.

—O tratando de redimirse, o como Dexter, solo mata personas “malas”.

Mi asesina no, en algunos relatos ensaya o lo hace para divertirse, en otros es a sueldo, etc.

También me di cuenta que he escrito de muchos otros temas en relatos, la mayoría totalmente inconexos, pero que me gustan mucho.

Alguna vez hice el ejercicio de relatos en seis palabras, pero los perdí.

Taxista

Agarro el taxi, salgo a dar una vuelta, de caza, prendo la luz del taxímetro. Me alejo a otros barrios, no se caga donde se come, dicen por ahí. Más sencillo, no quiero que nadie me reconozca, esta es mi segunda pega.

Un par de ancianos me levantan la mano, me hago la desentendida, quiero ir más lejos. Cinco cuadras más allá, un joven me hace señas, paro, sube, me da las indicaciones. Por el retrovisor lo miro, bien vestido, corbata, solapas delgadas, tiene un aire entre mafioso y oficinista elegante, me gusta un poquito, va callado, mirando por la ventanilla cómo cae la tarde. Suspira y comenta algo, hablamos del tiempo, los cambios de temperatura, le ofrezco gomita, para endulzar la vida, le digo. Con una sonrisa saca una bolsita, la abre y se echa una a la boca, el resto las pone en su bolsillo.

Al llegar a destino paga, pero me pide que lo espere unos cinco minutos.

—Ok —digo.

Efectivamente a los cinco minutos, más o menos, vuelve, con una gran sonrisa me pide que volvamos a donde lo tomé y me cuenta que será papá en seis meses más.

—Le di todas las gomitas que me convidó a mi novia, ¿tiene más para el camino?

—Sí, claro, saque más.

La verdad no me interesa quién cae con mis gomitas: niños, enfermos, adultos, profesores, albañiles, madres, delincuentes; la muerte no perdona ni a discrimina nadie, ¿por qué tendría que hacerlo yo?

A los dos días la crónica roja anuncia que encontraron muerta a una mujer embarazada de tres meses en su departamento, golpeada y con la lengua azul, se busca al novio, habría sido su última visita.

La dirección es la misma.

Como toda una ciudadana modelo, llamo a la policía y les cuento lo que sé.

Al día siguiente no me sorprende escuchar que lo encontraron muerto, y con la lengua azul.

La previa

Ya preparé mis gomitas. Ahora tengo que embolsarlas para venderlas y/o regalarlas.

Voy a empezar en la feria artesanal de la plaza, se venden rápido y barato. No me interesa ganar plata, es solo un ensayo. Puse una bandeja de muestras para degustación. Fui un éxito, vendí casi todo y temprano. Como siempre, la gente prueba todo lo que encuentra “gratis” y compra muchas cosas para comer. Si algo les cayera mal, no sé si se podría determinar exactamente qué fue lo que los afectó.

Además, mañana es Halloween...

A veces escojo alguna persona para darle de las especiales, pero creo no tener ningún patrón específico, todavía no me atrapan. Igual mi firma es plenamente identificable, muertos con la lengua azul comieron mis gomitas, pero no todos los que terminan con esa lengua mueren.

Lo que me interesa es ver cómo se distribuyen una vez que salieron de mis manos, algunos los reconozco o aparecen cerca de mis territorios, otros aparecen en cualquier parte. Lo complicado es cómo hacerlo aleatorio.

Antes era más fácil, en consultas médicas, oficinas de ejecutivos bancarios, lugares de atención de público, siempre habían

fuentes llenas de dulces para que el que quisiera sacara uno, dos, un puñado, etc. Se volvía a llenar y listo.

La verdad no me interesa quién cae con mis gomitas: niños, enfermos, adultos, profesores, albañiles, madres, delincuentes; la muerte no perdona ni a discrimina nadie, ¿por qué tendría que hacerlo yo? Tengo una sola duda: ¿Soy asesina en serie o asesina en masa?

Impúdicamente exhibicionista

A fines de enero de 2023 en Facebook vi que uno de mis contactos mostraba que había ayudado a una amiga a publicar en una gran editorial una novela policial de misterio.

Patudamente le escribí y le pregunté si le podía mandar algo de mi libro para que lo viera y, en el fondo, viera la posibilidad de publicarlo. Le mandé el texto que dice “otra vez desperté”, de mi libro *Estallidos de dolor*.

Se demoró unos días, no me contestaba, así que al final le dije que le agradecería su opinión. Y de lo que no me di mucha cuenta antes de hablar con él, fue que en sus libros los niños nacen por las maripositas y las abejitas que polinizan las flores del campo, pero bueno eso fue un error mío, o no error, no lo sé.

En todo caso, su comentario es muy honesto y se lo agradezco, y está muy bien escrito o hablado, mejor dicho, porque me lo mandó por audio y yo lo transcribí, dice: “Me parece un texto interesante, está bien escrito. A mí, este tipo de textos, indecorosamente personales, tan exhibicionista de los sentimientos, no me van, exhibicionismo de los sentimientos internos en un periodo difícil”.

A mí me sonó como “impúdicamente exhibicionista”, casi le cambio el nombre al libro, pero iba traer un público muy distinto al que busco, así que lo dejé como estaba en *Estallidos de dolor*.

TIC TAC

tic tac tic tac
58 años oyéndolo
pero ahora es más fuerte

Junio 2021, me recordaste que estaba ahí
5 o 6 años dijiste

todos morimos, nadie sabe cuándo
ni quiera yo
pero el tic tac, a ratos, es ensordecedor

TIC TAC

¿Era mi decisión? ¿De verdad?
Años antes, no me soñé hospitalizada
Al día siguiente me abríás
Para decir ¿Y ahora qué?

TIC TAC

No soñé que llegaras en la noche
A las 10 pm, acompañado
Le dimos otra vuelta, dijiste
Eres una paciente muy complicada
(Te quedé grande)

Es muy peligroso operarte
Solo arreglaremos el marcapasos, dijiste

TIC TAC

Y al final, tampoco eso
Solo me cambiaste la pila
En fin

Tu comentario fue lapidario
5, 6 años, te vas a ir apagando de a poquito

Yo vi al Viejito Pascuero

Sé que actualmente ya no se habla de Viejito Pascuero sino de Santa Claus o Papá Noel, pero en mi infancia, mediados del siglo pasado, nosotros esperábamos al Viejito Pascuero.

Sé además que el Viejito Pascuero no existe, pero yo lo vi. Debo haber tenido unos cuatro o cinco años y la Carolina dos o tres. Habíamos vuelto hacía poco de Alemania, donde nació la Sabine. Vivíamos en la calle Estrella Solitaria, cerca de la plaza Ñuñoa, una casa de dos pisos y la escalera con la vista al comedor, que tenía puertas ventana, puertas francesas que les dicen ahora.

La regla siempre fue el 24 ir a acostarnos temprano y la mañana del 25, la que despertaba primero, despertaba a las demás y nos íbamos a ver los regalos.

Esa vez despertamos en medio de la noche y empezamos a bajar la escalera, mirando hacia el *living*-comedor y adentro, al lado del árbol, ¡estaba el Viejito Pascuero poniendo los regalos! Parece que nos asustamos y nos devolvimos para arriba, porque no me acuerdo de nada más. No sé si fue ilusión, si vi a mi papá poniendo los regalos y lo bloqueé, no sé qué pasó, pero ¡yo lo vi!

Pesadillas

Desperté con una pesadilla. Soñé que tenía diez u once años. Estaba arriba de un árbol con un compañero de curso que había ido con sus papás de visita. Yo estaba en una rama más arriba de él. En un momento fui a poner el otro pie en otra rama, sin darme cuenta de que él estaba apoyado ahí para seguir subiendo, y lo empujé ¿sin querer? Cayó al suelo de espaldas, no se movió y desperté. Me persigue por años. Otras veces hay alguien más arriba, que me desafía a empujarlo, pero siempre termina con alguien en el suelo, sin moverse.

¿Bailamos?

Y me invitaron a la fiesta del Lucho, medio obligado, pero mala suerte... estas cosas no se pueden dejar pasar. Menos cuando vas tú.

Le dije a mi papá que me ayudara a revisar las ruedas de mi cacharra, ensayé un par de coreografías y elegí la música que iba a pedirle al Manuel, DJ de todas las fiestas del curso.

Esa noche te vi con tus amigas, hice un gesto a Manuel, es-tiré la mano invitándote, te acercaste cruzando la pista, te sentaste en mis rodillas y las ruedas de la silla ya no pararon en toda la noche.

Halo

Hoy lo recibí, brillante, dorado, flota a un palmo arriba de mi cabeza, ¡bien! No, debo ser humilde, por eso, entre otras cosas, lo recibí ¿no? En fin, volvamos a lo humilde.

La gente me mira, me abre paso, no se atreven mucho a acercarse, los que no tienen más remedio que interactuar conmigo me temen. ¡Qué raro! Pensé que mi halo atraería más reconocimiento y amor.

Poco a poco la gente se fue acostumbrando, me preguntaban cómo lo había hecho.

—Siguiendo las instrucciones del libro, obvio.

Creo que pensaban en algo como armar un mueble, pero no se atrevían a preguntar.

—¿Cuánto se demora el proceso? —preguntó otro.

—Toda mi vida —contesté.

—¿Durará?

—¿Por qué no?

San Pedro no quiere na conmigo

Acabo de recordar que hasta mi adolescencia, cuando con-taba de mis operaciones, decía que en la operación de los dos años le había estado tocando la puerta a San Pedro, y no me abrió. Hablando con mi mamá, decía que en el quirófano había tenido un paro cardiorrespiratorio, y me pudieron sacar ahí mismo.

El 22 de diciembre de 2021 morí, pero no morí. No morí, pero morí, no sé explicarlo mejor.

El doctor me dijo que estaba con taquicardia de doscientos latidos y necesitaba aplicarme corriente para ver si me esta-bilizaba. Me tuvieron que poner las paletas dos veces, como en la tele, y mi pareja mirando. De pronto le dije al doctor, funcionó.

No tengo ningún recuerdo de eso ni angustia, nada. Por eso morí, pero no morí. No morí, pero morí.

Otra vez, en noviembre de 2022, casi me morí, tuve un edema pulmonar que me tuvo al borde, incluso llamaron a Diego y Leonardo para “despedirse”. Me di cuenta, pero yo no me sentía tan mal, así que les dije que no se preocuparan, y acá sigo, pero ahora oxígeno dependiente.

Con toda mi historia y las veces ya que me han tenido que rescatar...

San Pedro no quiere na conmigo.

Mamá canguro

Cuando llegó la Kira estábamos entrando al invierno, en esa época yo trabajaba con la bata puesta y ella venía a subirse arriba mío a regalonear. Y de repente encontró que era más calentito meterse en mi pecho y ahí se acomodaba. Cuando era chica muy bien, pero a lo largo del tiempo obviamente fue creciendo y fue pesando más, entonces ya últimamente se mete, pero un rato, y además se mete de cabeza, con el poto arriba, así que supongo que está bastante incómoda, porque se queda poco rato.



Algunos días yo estaba con el computador en la falda, ella llegaba a buscar dónde ponerse o cómo hacerlo para estar calentita y regalonear. Ese día se acomodó muy bien y yo estaba bastante incómoda, obvio. De repente la miré y estaba tan como entregada, tan tranquila, que me puse a tomarle fotos de muy cerca y creo que esta salió maravillosa.

Obviamente ella es la reina de la casa, ahora se anda paseando por arriba de la mesa, investigando la caja del micrófono y otras cosas que no conoce, y nadie le dice nada.

Pero estoy celosa, su lugar favorito son las piernas de Leo-nardo cuando llega de la oficina, se sienta en el sillón, cruza una pierna sobre la otra y ella se va a instalar encima. Y duerme y se entrega y queda ahí como el último y el mejor cielo en la tierra.



↑
Parte del proyecto *Metafotografía e Infradiscurso* (2018-2023),
fotografía análoga.

CRÍTICA DE LIBROS

ISI

-
- Un lugar soleado para gente sombría*, de Mariana Enriquez
por Sofía Cifuentes
-
- Carmen*, de Romina Pistolas
por May Mimarín
-
- Bitácora del desamparo*, de Cristina Larraín Heiremans
por Millarai Sazo Salazar
-
- Restitución de la lengua*, de Miguel Hernández Zambrano
por Lucas S. Rebolledo
-
- El tiempo es la madre*, de Ocean Vuong
por Saturna Merino Cavaletto

Lo sombrío en lo cotidiano

por Sofía Cifuentes



TÍTULO DEL LIBRO

Un lugar soleado para gente sombría

AUTORA

Mariana Enriquez

EDITORIAL

Anagrama

AÑO DE PUBLICACIÓN

2024

NÚMERO DE PÁGINAS

232

¿Qué es lo que se teme al enfrentarse a la cotidianidad? El miedo que constantemente acecha cuando se es mujer, las obsesiones desenfrenadas que paralizan hasta acabar con uno, el rechazo social cuando no se cumplen los cánones de belleza, los fantasmas que todos tenemos, el olvido. ¿Cómo se encara lo que no se conoce o lo que no se ve?

Desafiando una vez más la delicada línea entre el terror cotidiano y el terror fantasmagórico, Mariana Enriquez presenta su nuevo libro de relatos breves, *Un lugar soleado para gente sombría*. Desde *Los peligros de fumar en la cama* y *Las cosas que perdimos en el fuego*, la escritora argentina ha logrado consolidarse en el género del cuento de terror, demostrando su capacidad para evocar sentimientos, sensaciones y lugares a través de su escritura envolvente y petrificante.

El contexto político-cultural de la crisis actual en Argentina ocupa un espacio notorio en este nuevo libro, incluso desde el primer cuento, “Mis muertos tristes”: “Yo le digo que el fascismo en general empieza con miedo y se transforma en odio”. Este relato sitúa al lector en esta crisis, por la que los vecinos se encuentran sumidos en el miedo a la delincuencia y sobre todo a la desesperación, que se termina convirtiendo en desprecio.

Este mismo recurso conforma parte del estilo narrativo de Enriquez, quien plantea y aprovecha el contexto cultural para dar voz a las problemáticas sociales desde distintas perspectivas, pero de un modo muy propio de ella, que incluye lo marginal y lo decadente, los lugares ocultos y periféricos de Argentina. A través de eso, la autora crea un ambiente donde la narrativa es visual y descriptiva: los espacios, la fauna, los olores, todo se va construyendo de manera natural y a su vez tétrica, hasta que se torna en algo perturbador. Es lo que pasa en el cuento “Un artista local”, en que una pareja viaja a un pueblo pequeño que al comienzo es descrito con muchas plantas, árboles y flores, sin embargo, a medida que avanza la historia, se revela que esconde un oscuro secreto.

Otro aspecto destacable es la representación de la experiencia femenina, que se desarrolla muy bien en algunos de los cuentos, pues el sentir de las mujeres es realista e incluso personal, lo que hace sencillo para quien lee identificarse con sus personajes. Resulta interesante leer la correlación que propone entre esta experiencia femenina y la corporalidad de las mujeres, que genera un horror puro, proveniente desde lo más primitivo de la mente: “El cuerpo no es un castigo: el castigo es que se hable tanto de él hasta que duele tenerlo”.

Todos estos cuentos son capaces de transmitir algo único, exteriorizan lo grotesco de la mente e incluso la deshumanización y el rechazo social. No hay nada más palpable y más humano que el miedo: el temor a la vida, el horror llevado a lo físico, el recuerdo latente y todos los fantasmas que nos persiguen. Eso es lo que hace de *Un lugar soleado para gente sombría* un verdadero libro de terror.

Al desnudo

por May Mimarín



TÍTULO DEL LIBRO

Carmen

AUTORA

Romina Pistolas

EDITORIAL

Cuneta

AÑO DE PUBLICACIÓN

2022

NÚMERO DE PÁGINAS

232

Carmen narra la historia real de cómo Romina Pistolas, la autora, tras emigrar de Calbuco a Australia, decide dejar su trabajo de *cleaner* para convertirse en *stripper* en un club nocturno, en busca de un mejor pasar económico. Envuelta en dudas y miedo por qué dirá su familia, además de lo desconocido de su nuevo trabajo, se da cuenta de que en ese mundo encuentra una nueva familia que, a veces, se siente más propia que aquella con la que comparte lazos sanguíneos. Empieza, además, a derrumbar todos los prejuicios establecidos hacia las trabajadoras sexuales, mientras nos cuenta cómo llevan su día a día, sus anécdotas, sus problemas y, sobre todo, sus sentimientos.

Esta novela cobra valor, en primer lugar, por la capacidad de mantenernos tan cerca de Chile como de Australia. Es un vaivén constante, pues Pistolas nos ubica en diferentes ciudades del continente oceánico, pero nos recuerda su nacionalidad a través de una narración empapada de modismos, dichos y tallas típicas chilenas. Como ella misma menciona, es “más chilena que los porotos”, lo que le permite una cercanía y una conexión únicas con el lector compatriota. Yo misma sentí esa proximidad en muchas ocasiones mientras leía su texto, pues es difícil no conectar cuando alguien retrata de manera tan prolija sentimientos de ansiedad y angustia. Gracias a su prosa sencilla y sentido del humor, además de la presencia de pequeñas frases en inglés, nos transporta a la realidad vivida por la protagonista. Por otro lado, también nos deja ver cómo se ve afectada por la lejanía de su país de origen. La autora, luego de integrarse a este nuevo mundo y de compartir su diario vivir con chicas que, al igual que ella, se encontraban alejadas de sus lugares de origen, forma lazos únicos.

Pistolas nos indica en varias ocasiones que existían diversas reglas dentro de su trabajo, las que las protegían a ella y a sus compañeras de faltas de respeto por parte de los clientes: por ejemplo, cuando hacían un *lapdance* estaba completamente prohibido que ellos las tocaran sin autorización, ya que se exigía consentimiento entre cliente y trabajadora. Esto es algo que claramente difiere de lo que pasa en Chile, donde incluso carabineros se han visto involucrados en casos de maltrato hacia trabajadoras sexuales.

Sin embargo, algo en lo que sí podemos encontrar similitudes en ambos países —y, en mi opinión, incluso a nivel mundial— es que, como menciona la autora, “al final todo se resume a esto: el trabajo sexual está tan estigmatizado que el hecho de que un familiar tuyo lo ejerza puede llegar a significar la muerte de pura vergüenza social”. Aún tenemos un camino largo que avanzar como sociedad para entender que el trabajo sexual es trabajo y que, como tal, merece tener las mismas regulaciones que los demás para que funcione de manera digna y libre de prejuicios. Pistolas, con su libro *Carmen*, nos cuenta una realidad poco vista dentro de la literatura a través de sus propios ojos y experiencia, nos abre la mente para descubrir un mundo desconocido para la mayoría.

Será que las tragedias tienen fecha de vencimiento

por Millarai Sazo



TÍTULO DEL LIBRO

Bitácora del desamparo

AUTORA

Cristina Larraín Heiremans

EDITORIAL

Cuarto Propio

AÑO DE PUBLICACIÓN

2022

NÚMERO DE PÁGINAS

257

La novela *Bitácora del desamparo*, de Cristina Larraín Heiremans, nos muestra un mundo poco visibilizado y explorado, como lo es la experiencia de una cuidadora, y lo hace por medio de verso libre, en una narración que cuenta de forma cercana, emotiva y profunda, cómo su vida cambió desde que a su hijo le diagnosticaron esquizofrenia. A través del relato, que sigue un orden temporal, vemos cómo la enfermedad lo consume todo: su rutina de trabajo, de descanso, los episodios que enfrenta su hijo, la relación con su hija, con el papá de su hijo, y con ella misma como mujer.

Conocemos la problemática que vive la escritora, qué siente, qué hace, qué sucede en su vida a lo largo del periodo que abarca la narración. Pero el libro busca contar lo que pasa, no con la persona que tiene un quiebre emocional y de vida, sino con la persona que tiene que acompañar ese quiebre y no puede marcharse. Es por eso que el prólogo del libro fue escrito, a pedido de la autora, por Andrés Donoso Castillo, uno de los psiquiatras que atendió a su hijo, quien aporta otra mirada acerca de lo vivido por la autora: “Espero que este texto sea una invitación a la construcción de una sociedad diversa que sume en lugar de restar, que rescate los distintos saberes, percepciones y subjetividades y no rechace o excluya otras formas de ver este mundo”.

En este libro, la autora narra y plasma su emocionalidad más íntima, pero además plantea una crítica a la sociedad, a los doctores, a las familias, a su ex, a su hija, a su hijo y a ella misma. Logra así expresar un abanico de emociones que concluye con una muestra de realidad, una petición de empatía y compasión. La escritura de Larraín nace desde la desesperación por contar y concluye con una narrativa que se siente como una marejada, que transmite la sensación de olas que nos revuelcan a los lectores cada vez que nos relatan los hechos, que a su vez nos dejan ver su vida, sus sentimientos.

“Tu tragedia lleva / Mucho tiempo / Entonces / Ya dejó de ser una tragedia”, estas son las palabras de su pareja de ese momento, que representan un momento muy sensible para la autora y para el lector, ya que en las siguientes páginas la vemos cuestionarse a sí misma: “Será que las tragedias / Tienen fecha de vencimiento”.

Esta novela es una lectura cruda y necesaria que visibiliza las vivencias de los cuidadores, para quienes la vida cambió completamente después de una cita con el médico, lo que también podría ocurrirnos a nosotros. La forma que la autora escogió para relatar sus vivencias nos hace adentrarnos en una lectura rápida, intensa y sentimental, de la que no se sabe muy bien qué esperar al llegar a la página siguiente; no hay certeza de qué es lo que pasará, porque la incertidumbre es parte de la experiencia cotidiana de una cuidadora como Larraín.

Sin duda, *Bitácora del desamparo* es uno de esos libros que nace desde la necesidad más grande que tenemos como seres humanos: la de expresar lo que estamos sintiendo y plasmar el sentimiento en el papel para que otros oigan nuestro grito silencioso.

La palabra y su ausencia

por Lucas S. Rebolledo



TÍTULO DEL LIBRO

Restitución de la lengua

AUTOR

Miguel Hernández Zambrano

EDITORIAL

Traza

AÑO DE PUBLICACIÓN

2023

NÚMERO DE PÁGINAS

58

¿Qué es lo que resta en nosotros luego de la expresión por medio de la lengua? ¿Qué sobrevive en la estética de un poema tras una escritura obediente a sus tradiciones? Miguel Hernández Zambrano (Maracaibo, Venezuela, 1983), autor que ha publicado tres libros, ha obtenido importantes reconocimientos y actualmente reside en Santiago de Chile, transita por ese espacio de abstracción que hay en la lengua. Es un poeta consciente del camino que dista entre las raíces de un sujeto y las ramas de la palabra, de aquella ausencia apreciable en la misma arboleda del lenguaje, una sensación de vacío y, a su vez, anhelo por obtener lo inalcanzable. Como escribe en su poemario más reciente: “Quise encontrar una nueva forma, pero con cada intento me ahogaba / me quemaba desde adentro”.

Restitución de la lengua es un libro sobresaliente e ingenioso, que resulta ineludiblemente cautivante y alberga imágenes que se correlacionan con la sentencia dictada por el hablante lírico. De este modo, crea una metáfora inmersiva, la cual progresa al ritmo del poema y llega a desatar una implosión contemplativa, tanto en el mensaje que pronuncia el poeta, como en el fenómeno estético ante el que pone al lector: “En el principio era el magma / y el magma era un lenguaje que no alcanzamos a imaginar / un río brillante que se extendía más allá de cuanto podía cubrir la mirada”.

Al adentrarse en los aspectos formales de la obra, se distingue un grado de ambivalencia en su estructura. Por un lado, despierta una impresión de haber sido compuesta por una multitud de poemas cortos, en los cuales el primer verso es destacado con negrita. Sin embargo, al momento de finalizar la lectura, el lector logra percibir el efecto de unidad y continuidad, como si se tratase de un poema largo. Luego está la versatilidad de sus versos, algunos dotados de una considerable extensión, mientras que en otras páginas predomina el verso corto: “**Quería un torrente** / desborde / no el gesto trunco / incapaz / de la duda”.

La intensidad con la que se configura la voz poética funciona como eco del sujeto, un rastro de la exaltación del yo y su recorrido epopéyico por escenarios que personifican las posibilidades del lenguaje, de una lengua que engendra vacíos, contradicciones en su propia labor comunicativa o estética; es a partir de aquellas ausencias donde el poema confronta al lector y transmite no solo suspicacia, sino inconformidad ante la propia lengua.

Se suele decir que un buen poeta logra hacer visible lo que para la gran mayoría es invisible. De cierta manera, la mejor poesía logra concientizar a sus lectores, ya sea de una idea estética o de aspectos palpitantes de la realidad. Miguel Hernández Zambrano cumple con aquella responsabilidad del poeta no solo al evocar, sino que también pronunciar un discurso a través del instrumento de las palabras, uno que deja cargado al lector con una conciencia nostálgica de su propia condición de hablante: “Un día escuché mi voz / estaba hecha de una materia distinta / ya no tenía sentido pedir la palabra”.

La comunicación y el dolor etéreo

por Saturna Merino Cavaletto



TÍTULO DEL LIBRO

El tiempo es la madre

AUTOR

Ocean Vuong

TRADUCTORA

Elisa Díaz Castelo

EDITORIAL

Vaso Roto

AÑO DE PUBLICACIÓN

2023

NÚMERO DE PÁGINAS

160

El papel donde se escribe a veces se transforma en el único lugar seguro para la expresión. Ocean Vuong, el poeta estadounidense de origen vietnamita, lo habita entre desnudez y lágrimas, revelando su historia secreta.

No saber comunicarse puede ser la mayor angustia; este es un tema que ya aparecía en su poemario *Cielo nocturno con heridas de fuego* y en la novela autobiográfica *En la Tierra somos fugazmente grandiosos*, y vuelve a él en los poemas de *El tiempo es la madre*, que es un viaje surrealista hacia la raíz, hacia la literatura, que representa a la madre muerta. Vuong aborda las formas más lacerantes de la incomunicación, como el no entender el idioma del territorio en que se vive, pues su abuela y “Ma” (la forma en que se refiere a su madre en los poemas) se vieron forzadas a emigrar a Estados Unidos a causa de la Guerra de Vietnam.

Al no saber inglés, ambas fueron marginalizadas y el poeta en varias de sus entrevistas ha relatado que su principal motivación para aprender este idioma fue que su mamá no sabía hablarlo y él quería hacerlo por ella. Su madre, de hecho, nunca pudo leer sus poemas, aunque sí los escuchaba cuando los declamaba. Se sentaba en la parte delantera para ver las reacciones del público, ya que no comprendía por qué tantas personas se reunían para aplaudir los poemas tristes de su hijo. Cuando lo entendió, le dijo: “La expresión de sus rostros cambia cuando te escuchan”.

La memoria es un recurso literario que Vuong emplea en los poemas para entender el luto por su madre, el trauma de la infancia y el de sus antepasadas. En el recuerdo se esconden los detalles insignificantes —como lavarse los dientes— para descubrir el verdadero significado de las palabras o, en su caso, el lenguaje impuesto. El hablante lírico es un ser fragmentado por la violencia del pasado que busca completarse, mientras que la estructura de los versos logra edificar escenas completas con palabras aisladas.

Esto le permite narrar con delicadeza la intensidad de la pérdida, como ocurre en su poema “Historial de Amazon de una antigua empleada de salón de uñas”, el cual brinda acceso a una información aparentemente banal de la vida cotidiana de Rose, sus compras, las que después se transforman en algo revelador, porque se trata de las últimas decisiones que tomó antes de morir. Es brutal para el hijo contemplar que la compra de “Calcetines de lana, grises, un par” se convierte en la declaración final de una vida.

El tiempo es la madre describe momentos íntimos, como cuando se posa la mirada en la oscilación de las nubes rosadas (el color es esencial), lo cual es un movimiento que se funde con el tiempo. Esta es una lectura donde se puede existir en el dolor más profundo y, paradójicamente, etéreo; genera una sensación parecida a la de volver a contemplar algo que se olvidó, a través de una voz sutil y tímida que se pliega en los movimientos de las palabras.

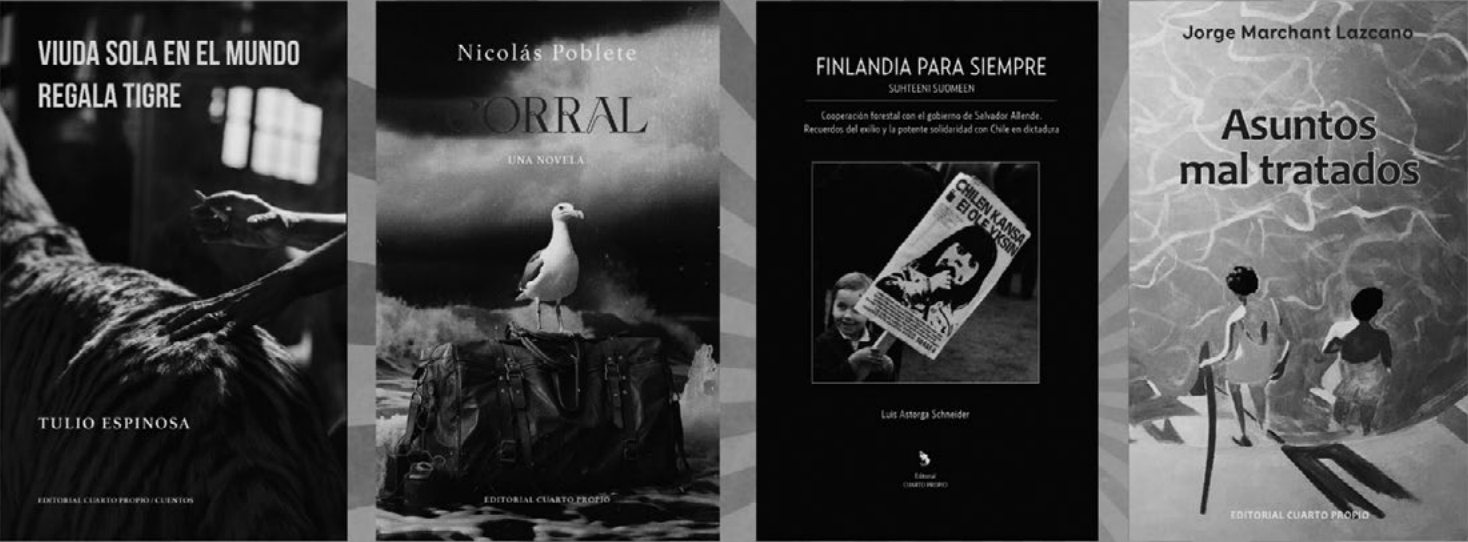


VISÍTANOS EN
WWW. EDITORIALAPARTE.CL



Editorial Cuarto Propio

Síguenos en...  @editorialcuartopropio  @cuartopropio  /editorialcuartopropio



Visítanos en www.cuartopropio.com

Algo ya está aquí

Nos apuñala

Nos desmiembra

Nos quema

Nos hace llorar